

**DIÓCESIS DE PAMPLONA Y TUDELA,
BILBAO, SAN SEBASTIÁN Y VITORIA**

CELEBRACIÓN CRISTIANA DEL DOMINGO

**CARTA PASTORAL DE LOS OBISPOS DE PAMPLONA Y TUDELA,
BILBAO, SAN SEBASTIÁN Y VITORIA**

CUARESMA–PASCUA DE RESURRECCIÓN, 1993

SUMARIO

INTRODUCCIÓN (nn. 1-2)

Estructura de la Carta (n. 3)

I.- EL DOMINGO, HOY (n. 4)

Práctica religiosa, oferta cultural y tiempo libre (nn. 5-6)

De la sociedad rural a la industrial (n. 7)

Individuo y masificación en los pueblos y en las ciudades (n. 8)

El fenómeno de la secularización (n. 9)

Pluralismo social y comunidad eclesial (n. 10)

Las perspectivas sombrías del trabajo continuado (n. 11)

Otros interrogantes (n. 12)

II.- LOS VALORES Y LA RIQUEZA DEL DOMINGO CRISTIANO (n. 13)

El domingo, día de la resurrección, Pascua semanal

- Día de la resurrección (n. 14)
- Día del Señor (n.15)
- Presencia del Resucitado (n. 16)
- Sacramento semanal de la Pascua (n. (7)

El domingo, figura del mundo futuro

- Dimensión escatológica del domingo (n. 18)

- Anticipación de la Pascua final (n. 19)
- Día de la esperanza (n. 20)
- También para el mundo (n. 21)

El domingo, día de la Iglesia

- Celebración de la Iglesia (n. 22)
- El domingo hace la Iglesia (n. 23)
- Gustar y vivir el misterio de la Iglesia (n. 24)
- Presencia de la Iglesia al mundo (n. 25)

El domingo, día del cristiano (n. 26)

- Día del cristiano (n. 27)
- La identidad del cristiano (n. 28)
- Día del hombre (n. 29)

III.- LOS SIGNOS DEL DOMINGO (n. 30)

La asamblea cristiana

- El domingo, día de la asamblea (n. 31)
- «No desertéis de la asamblea» (n. 32)
- Epifanía de la Iglesia (n. 33)
- Signo para los hombres (n. 34)
- Relevancia de la asamblea cristiana (n. 35)

La Eucaristía

- El domingo, día de la Eucaristía (n. 36)
- Sacramento de la Pascua y de la presencia del Señor (n. 37)
- La comunión eucarística (n. 38)
- Sacramento de la eternidad (n. 39)
- Misterio de comunión eclesial (n. 40)
- La obligación de la Misa dominical (n. 41)

La Palabra de Dios

- El domingo, día de la Palabra (n. 42)
- Una mesa abundante (n. 43)
- El papel de la homilía (n. 44)

La caridad fraterna

- El domingo, día de la caridad (n. 45)
- Exigencias de caridad (n. 46)
- Día de la fraternidad (n. 47)
- Caridad sin fronteras (n. 48)

El descanso

- La ley del descanso dominical (n. 49)
- Signo de la liberación en Cristo (n. 50)
- Profecía del reposo eterno (n. 51)

- Descanso y contemplación (n. 52)
- Descanso, relaciones humanas y desarrollo personal (n. 53)

Fiesta y alegría

- El domingo, fiesta primordial (n. 54)
- Talante festivo (n. 55)
- La alegría y sus raíces (n. 56)

IV.- LAS EXIGENCIAS DEL DOMINGO (n. 57)

El eco de la vida en la celebración (n. 58)

Vivir según el domingo (n. 59)

El domingo para el testimonio (n. 60)

El domingo y el compromiso cívico-social (n. 61)

V.- PROPUESTAS PARA REVITALIZAR LA CELEBRACIÓN CRISTIANA DEL DOMINGO

Un reto a la iniciativa pastoral (n. 62)

Obra de todos (n. 63)

Una catequesis seria (n. 64)

La asamblea y la Eucaristía dominical

- Cultivar una mentalidad comunitaria (n. 65)
- Con la propia comunidad (n. 66)
- Celebraciones dominicales en ausencia del presbítero (n. 67)
- La participación activa (n. 68)
- El presbítero presidente (n. 69)
- Los ausentes de la celebración (n. 70)
- La ausencia de los jóvenes (n. 71)

La escucha de la Palabra de Dios (n. 72)

Compartir con los hermanos (n. 73)

Fiesta y alegría en el Señor (n. 74)

INTRODUCCIÓN

1. Hace ya algunos años que, en este tiempo de Cuaresma-Pascua, os venimos ofreciendo una Carta Pastoral conjunta. Desde 1975, los obispos hemos querido llamar vuestra atención sobre temas fundamentales de la fe cristiana y su inserción en los problemas humanos de actualidad.

Sabemos que muchos esperáis cada año esta cita con la Carta para profundizar más en vuestras vidas como seguidores de Jesucristo. Nos complace el notable esfuerzo de reflexión que suscita en no pocas comunidades y grupos. En esta ocasión queremos centrarnos en la *Celebración cristiana del domingo*.

Las comunidades cristianas, «por una tradición que trae su origen del mismo día de la resurrección de Cristo» (*Sacrosanctum Concilium*, n. 106), tienen la costumbre de reunirse cada ocho días, en domingo, para vivir comunitariamente lo que constituye y configura la existencia cristiana: actualizan el misterio pascual, alimentan su fe en las Escrituras, proclaman su esperanza, gustan el gozo de la fraternidad en Cristo y comparten oración y bienes, atentos a las necesidades del mundo y de los pobres. En la celebración del domingo, confluyen así los valores más profundos de la fe cristiana.

La vida de la Iglesia ha estado, a lo largo de los siglos, estrechamente ligada al ritmo que marcaba la celebración del domingo. Esta «Pascua semanal» sostiene la fe de los cristianos, alimenta su pertenencia a la comunidad eclesial y los fortalece para vivir de acuerdo con la fe en Jesús muerto y resucitado. Por todo ello, el domingo ha venido a ser, prácticamente desde los tiempos apostólicos, una institución de vital importancia para las comunidades cristianas.

El domingo es, además, una institución de gran trascendencia en el plano social. En nuestra cultura occidental, de ordinario, marca aún el ritmo del trabajo y el descanso; facilita muchas relaciones interpersonales, particularmente las amistosas y familiares; ofrece posibilidades para vivificantes contactos con la naturaleza y es ocasión de múltiples actividades deportivas. Es natural que sociólogos y políticos atiendan a cuanto representa el domingo en la vida social. Sus distintos enfoques repercuten, para bien o para mal, en las personas y en la misma comunidad humana.

2. A los pastores de la Iglesia nos interesa el domingo y el modo de vivirlo y celebrarlo. Quisiéramos potenciar las actitudes cristianas favorables a su adecuada celebración en el actual momento de cambio cultural y de costumbres. A la vez, deseáramos llamar vuestra atención sobre los desafíos y los riesgos que se presentan en nuestros días a la vivencia fecunda del domingo, fiesta primordial de los cristianos.

Este interés por el domingo y su adecuada celebración cristiana está siendo retomado explícitamente por episcopados de todo el mundo. Concretamente la LVI Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española celebrada el pasado mes de mayo, publicó una *Instrucción Pastoral sobre el sentido evangelizador del domingo y de las fiestas*. En la misma línea se inscribe una reciente exhortación del Papa Juan Pablo II a los obispos del orbe católico, en la que leemos:

«Los pastores deben formar a los fieles con empeño constante para que celebren cada domingo la obra maravillosa que Cristo ha llevado a cabo en el misterio de su Pascua para que ellos, a su vez, lo anuncien al mundo»¹.

Nuestra presente Carta Pastoral quiere ser, en primer lugar, un fuerte alabonazo en la conciencia de sacerdotes y fieles. Deseamos favorecer una detenida reflexión sobre el auténtico sentido del domingo, partiendo de la situación real de nuestras comunidades. De modo sintético y orgánico, queremos presentar aquí la riqueza y belleza doctrinal del domingo. Lo hacemos siguiendo las orientaciones del Concilio Vaticano II, que hunde sus raíces en el Nuevo Testamento y encuentra su mejor exponente en los escritos de los Santos Padres y en los documentos litúrgicos de las distintas Iglesias.

Nos anima la esperanza de que ponemos a vuestro alcance abundante material para ulteriores lecturas y comentarios de profundización y aplicación, tanto personales como comunitarios. Todo ello constituye un recio soporte para más ambiciosos programas de catequesis diversificada del pueblo cristiano, sobre un tema de vital importancia para el presente y el futuro de la vida cristiana en nuestras Iglesias particulares.

Igualmente esperamos que esta Carta sirva para mejor mostrar a los no creyentes lo que celebramos los cristianos en el «día del Señor» y cuanto entendemos del domingo en su dimensión religiosa y en los valores que entraña para la vida social.

Estructura de la Carta

3. Nuestra Carta tiene cinco apartados, diferentes pero íntimamente relacionados. En la primera parte, subrayamos algunos indicadores sintomáticos del modo como, entre nosotros, se vive el domingo tan afectado por los grandes cambios sociales de nuestro tiempo. Las secciones segunda y tercera constituyen el núcleo doctrinal del escrito: en ellas se expone la teología del domingo y se describen sus principales elementos celebrativos, los que llamamos «signos del domingo», vigentes desde los orígenes apostólicos. La cuarta parte presenta algunas de las exigencias que brotan de una digna celebración del domingo, en orden a colaborar en la construcción de un mundo más justo y más humano. Por último, la sección quinta apunta a unas sugerencias pastorales que responden al deseo de ir avanzando hacia la recuperación de los valores del domingo que, en la actual oportunidad histórica, precisamos vivir.

¹ Juan Pablo II, Carta Apostólica *XXV annus*, n. 6.

I.- EL DOMINGO, HOY

4. Nos toca vivir una hora caracterizada por fuertes cambios en la realidad social. Las modernas técnicas, muy especialmente las comunicaciones sociales, posibilitan y hasta llegan a imponer vertiginosas mudanzas en los hábitos del comportamiento de personas y grupos. En otros tiempos se requerían siglos para que aparecieran transformaciones menos hondas que las que se dan en nuestros días. Avanzamos hoy hacia la «planetización» del acontecer humano y está naciendo lo que ya no pocos sociólogos llaman «la aldea global».

Es una realidad que se nos ofrece con su concreto potencial de valores y promesas. Pero, al mismo tiempo, supone un riesgo que debe ser tomado en consideración por sus equívocas consecuencias. Nos hallamos, de hecho, ante un fenómeno ambivalente, con posibilidades para el bien y para el mal; fenómeno que repercute en la vida eclesial como en el mismo tejido de la convivencia social.

Os invitamos a fijar la atención en algunos de dichos cambios y en su favorable o desfavorable incidencia en la celebración del domingo. Sabemos que la celebración de la fiesta cristiana, en sus modos concretos, está condicionada por las circunstancias culturales y por las actitudes y sentimientos de los hombres y mujeres que la viven. Más aún, la celebración comunitaria del domingo ha de adaptarse a las exigencias del convivir social en cada época.

Aceptamos gustosamente la realidad del desarrollo histórico. Nos alegran sus luces y trataremos de iluminar sus sombras. Nuestra reflexión, hecha desde la constatación de unos hechos significativos, no pretende ser una condena, quiere tenerlos en cuenta para vivir mejor la celebración cristiana del domingo.

Práctica religiosa, oferta cultural y tiempo libre

5. La oferta cultural se ha extendido prácticamente en todas las capas sociales. Esta universalización del saber proporciona a la gran mayoría ocasión para enriquecer su personalidad. La debida utilización del tiempo libre, con acentos diversos para el ocio y el cultivo de las letras y las artes, es también una de las cualidades notables y positivas de nuestro tiempo.

Una mejor formación integral de las gentes incide en la más lúcida profesión de fe de muchos cristianos y en su capacitación para poder dar razón de su esperanza. El desarrollo cultural ha ayudado a no pocos fieles a vivir el domingo de modo más consciente y participativo. Diversos servicios y ministerios laicales facilitan un especial protagonismo de los fieles en la asamblea dominical, tanto para proclamar la Palabra de Dios como para distribuir la sagrada comunión y servir al canto de la comunidad. No son pocas las parroquias en que grupos de seglares se reúnen con su sacerdote a fin de preparar la homilía, buscando que la Palabra de Dios proyecte su luz sobre los problemas reales que plantea la vida.

De manera general, son cada día más los fieles que participan en la Eucaristía dominical procurando integrar en ella la vida cotidiana; ya no se confor-

man con cumplir el precepto de asistir el domingo a Misa. Realmente la vida familiar y social de muchos cristianos tiene como referencia temporal significativa y hasta, podríamos decir, decisiva, esa esperada y preparada asamblea eucarística del domingo. En ella redescubren y personalizan cómo vivir día a día, fortalecen el espíritu y tratan de armonizar la propia conducta con la fe profesada y celebrada en la Iglesia con motivo del «día del Señor».

6. Sin embargo, los horizontes nuevos comportan también no pocos problemas y dificultades. Ciertamente es que la mayor oferta cultural ha promovido, desde diversos puntos de vista, un fuerte progreso social. La vida ofrece hoy mucho tiempo libre y múltiples ofertas para llenarlo con diversos entretenimientos. Pero estas mayores posibilidades se han convertido de hecho, para no pocos, en tentación y riesgo no superado, para una celebración plenamente humana del domingo.

Estas conquistas socio-culturales de nuestros días van ligadas, en particular, a un notable descenso en la práctica religiosa. No son pocos los que se olvidan de la cita con Dios y su comunidad eclesial, o la marginan, distraídos con viajes, espectáculos, fiestas, competiciones, juegos, reuniones y opciones de otro variado signo. Son muchas las cosas que nos reclaman en este variopinto y complejo mundo de nuestros días.

Existen continuas ofertas de evasión para aprovechar el tiempo libre, (en vacaciones y fines de semana sobre todo), con programas de viajes, descansos organizados, salidas al campo, excursiones de montaña. Huyendo de la mordaza urbana, se busca también, en no pocas ocasiones, serenidad interior, salud integral y recreo de la capacidad contemplativa. Es el tiempo oportuno para los «hobbies» personales y familiares. Todo ello es respetable y bueno, pero afecta a la celebración comunitaria de la fiesta dominical en su concreta exigencia de un clima sereno y fraternal, de búsqueda y esperanza compartidas.

Por ello, cuando un cristiano no acierta a combinar el debido uso de tantas posibilidades con su opción, creyente, o cuando la distribución de su tiempo y de su interés, no es fruto de un acertado orden de prioridades, la celebración del domingo puede decaer o llegar a morir en su práctica personal.

De la sociedad rural a la industrial

7. En pocas décadas hemos pasado de una cultura predominantemente rural a otra más propia de la actual sociedad industrial y de servicios. En ella nos envolvemos ahora la mayor parte de los ciudadanos.

Durante siglos, hombres y mujeres han vivido en un contexto agrícola, configurados de manera tradicional con una escala de valores relativamente fija. Ese modo de relación había impregnado también muchos de los comportamientos en el ámbito de las concentraciones urbanas. Sin embargo, últimamente hemos sido testigos de un profundo cambio socio-cultural que ha modificado de raíz el anterior sistema de valores. Esta nueva cultura se ha impuesto y extendido de tal modo que ha llegado a empapar también, en gran parte, la vida del mundo rural.

Disminuye el número de quienes tienen que vivir sometidos al duro trabajo del campo, aunque es doloroso ver cómo bastantes pueblos van quedando empobrecidos por falta de población y recursos. También el servicio pastoral a los pequeños núcleos rurales es cada día más limitado y difícil, porque no tienen allí residencia habitual los sacerdotes o porque su creciente reducción hace que se concentren en la capital y ciudades más pobladas.

Bueno es que, por la implantación de diversos ministerios y servicios laicales, incluso con menos sacerdotes, pueda la Iglesia seguir realizando su misión pastoral, corresponsable y eficazmente, en las ciudades y en las grandes parroquias. Bueno es también que la mayoría de la sociedad quede liberada de la servidumbre de tareas agropecuarias que exigían dedicación regular hasta en días festivos.

Sin embargo, el trasplante de la población rural a los núcleos urbanos, singularmente destacado en el fenómeno inmigratorio, no ha superado con éxito, la mayor parte de las veces, el peligro de la inadaptación cultural. El desarraigo territorial se ha llevado consigo el patrimonio de algunas costumbres heredadas y el marco ambiental de la tradición popular que les impulsaba y ayudaba a cultivar ciertas virtudes humanas y no pocas prácticas religiosas. No pocas gentes que se fueron del campo han perdido práctica y sintonía religiosa al tener que abrirse paso, no sin dificultades, en el espacio de la sociedad urbana.

La disminución de la práctica religiosa en los medios urbanos sigue siendo un problema de dimensiones inquietantes. No es ajeno a este planteamiento el tema de la celebración eucarística dominical. Pero no hemos de olvidar tampoco que, a pesar de todo, los pequeños pueblos siguen estando ahí, ahí están sus gentes, casi siempre envejecidas. A ellos, en muchos casos y de forma regular y hasta semanal, vuelven quienes partieron buscando mejoras económicas, culturales y sociales. Esos focos de población son también permanente reto a nuestras Iglesias particulares.

Individuo y masificación en los pueblos y en las ciudades

8. Conocimiento interpersonal y dependencia social, conciencia de comunidad y autonomía para la personal realización, relaciones de amistad y cercanía vecinal afectiva, a la vez que libertad de pensamiento y de opciones varias..., son ingredientes y exigencias de nuestra común dignidad humana. A nadie nos resulta fácil conjugarlo todo de acuerdo con aquello por lo que suspiramos, con aquello que reclamamos y a lo que tenemos derecho para un más completo cultivo de lo que en realidad somos.

En los pueblos, aunque no sean muy pequeños, es más fácil conocerse y sentirse miembros de la misma comunidad. No por ello, sin embargo, resulta siempre cómoda y feliz la convivencia. Cuando las diferencias se encuentran, degeneran en divisiones y enfrentamientos.

La masificación de las grandes ciudades con sus múltiples servicios, fomenta el distanciamiento y la ignorancia mutua. Encierra el peligro de que sus

gentes se sientan como números de una larga serie, dato anónimo para la estadística, mero factor del imperio productivo y presa de la gran oferta comercial.

Vivir en los pueblos o vivir en las ciudades es, en sí mismo, indiferente para la profesión y celebración de la fe cristiana, tiene claras repercusiones en individuos, familias y comunidades de vecinos y, en concreto, en las personas y grupos que constituyen la Iglesia y configuran la asamblea dominical.

En los pueblos, cuando suena la llamada de la campana de la torre, la comunidad cristiana se siente convocada a la asamblea eucarística para celebrar el día del domingo. Por el contrario, en la gran ciudad, apenas hay voz de campanas; las que perduran ofrecen una imagen de romántica nostalgia y son voces regularmente acalladas por otros ruidos.

Por otra parte, tanto en el pueblo como en la ciudad, la persona difuminada en la masa, se tiene que enfrentar con mayores obstáculos para poder percibir el aliento y estímulo de quienes le son próximos en la misma fe vivida y compartida. Los motivos para seguir participando en la Eucaristía, en muchas ocasiones, habrán de ser personalizados incluso contra corriente.

El fenómeno de la secularización

9. Hasta no hace mucho, entre nosotros, la vida social aún se enmarcaba en el cuadro de múltiples referencias religiosas. El calendario venía ilustrado con variados refranes tomados de la religiosidad popular: «Santa Lucía acorta la noche y alarga el día»; «si la Candelaria plora, el invierno está fora»; «por San Blas, la cigüeña verás»..., son sólo algunos ejemplos, como «ecos» de lo que podía llamarse una sociedad sacralizada.

Los vientos de la secularización, han hecho saltar aquellas vinculaciones cuasi-sacrales. La vida civil ha quedado frecuentemente desligada de vivencias y costumbres religiosas en nombre de una pretendida plena emancipación. La secularización es típico acontecimiento de nuestra época. Apunta a una legítima mayoría de edad de lo profano, antes excesivamente dependiente de las luces y sombras de la religión y, entre nosotros, de la Iglesia.

No era bueno que la omnipresencia de lo sagrado condicionara, hasta coaccionar, los comportamientos de no pocos. La justa libertad podía quedar recortada y, en ocasiones, anulada para lo civil y para lo religioso. De buen grado hemos llegado a reconocer que las realidades temporales son autónomas, tienen derecho a exigir y mostrar su rostro original, deben regirse por sus propias leyes.

Hasta hace no demasiado tiempo, el domingo era, a la vez, el día religioso por excelencia y el día de la fiesta. Ambos aspectos aparecían inseparables, como dos caras de una misma hoja. La fiesta del domingo comenzaba muy de mañana con cantos de aurora y se prolongaba por la tarde en bailes y diversiones varias. No se concebía sin Eucaristía, cuya celebración constituía el punto central de la jornada.

Hoy en día, lo religioso y lo profano se mueven en sus propias órbitas. Pero no ha de ser así hasta el extremo de recluir lo religioso en el campo de lo privado. La distinción entre lo «sagrado» y «profano», subrayada en exceso hasta la confrontación, repercute en ocasiones muy negativamente en las programaciones públicas y en las actitudes de muchos bautizados y, por ello, en la práctica del domingo.

No queremos entrar en estadísticas. Nos basta la directa observación de la realidad para constatar el descenso en la frecuencia de la práctica dominical.

En otros tiempos, existía una manifiesta presión social que podía arrastrar a quienes carecían de convicciones personales auténticas. En no pocos ambientes, la Eucaristía formaba parte integrante de la fiesta social hasta el punto de que vivir en domingo era vivir con la Misa.

Hoy, sin embargo, es de justicia afirmar que, por lo general, la participación de los cristianos en la Eucaristía es más consciente y comprometida. La misma Iglesia, con la revisión litúrgica y su nuevo ordenamiento, ha suscitado una mejor presencia de los fieles en el culto dominical, posibilitando y difundiendo celebraciones más ricas en contenido doctrinal, basado en el alimento de la Palabra de Dios más dignamente servida, y emplazando a convertirse en testigos del Reino a los que participan de la fiesta cristiana.

A pesar de todo, para bastantes cristianos la Eucaristía sigue siendo una mera obligación que procuran situar en el lugar más cómodo de su programa de descanso y ocio. Se la relega al capítulo del precepto con el que «se cumple» desde un sentir moral sin mayores perspectivas de vida. Ante esta realidad, se hace urgente la necesidad de superar la idea de que la fiesta cristiana del domingo no es otra cosa que un «deber impuesto por la Iglesia». Tenemos que proseguir en el quehacer pastoral que ayude a todos los cristianos a participar en la Eucaristía de forma activa, abiertos a los otros hermanos, acogiendo y agradeciendo el don de la salvación ofrecida en Jesucristo.

Pluralismo social y comunidad eclesial

10. La sociedad libre tiende a ser espontáneamente plural. Una sociedad uniforme y totalmente igualitaria es reflejo de la existencia de fuerzas coactivas que impiden la expresión espontáneamente plural del dinamismo socio-cultural.

El pluralismo se manifiesta en las diversas formas de pensar relativas a la concepción de la vida y de su sentido, a las interpretaciones ideológicas de la existencia individual y social. Alcanza también al ámbito de las opciones religiosas. En nuestro pueblo existen diversas tradiciones culturales, reflejadas particularmente en el hecho del bilingüismo. Las diferencias generacionales introducen la diversidad de criterios y valores dentro del mismo ámbito familiar. Los intereses económicos dan pie a la creación de grupos, frecuentemente enfrentados, especialmente en momentos de crisis como los que vivimos. Las opciones políticas se traducen en diferencias que, en ocasiones, van más allá de lo que una leal colaboración por el bien común debería permitir.

Pero el pluralismo no es solamente un fenómeno propio de la sociedad civil. Se da también dentro de la misma Iglesia, por razones originariamente eclesiales. Las distintas corrientes teológicas dan lugar a formas diferentes de entender la vida cristiana, sus relaciones con las cuestiones temporales y la misma espiritualidad. La Iglesia no puede excluir de sí misma la libertad de expresión y de formar grupos y asociaciones. El pluralismo entra también en ella como reflejo del pluralismo social que distingue y, en ocasiones, separa a los cristianos que, sin embargo, participan de la misma fe y están llamados a ser miembros de la misma comunidad cristiana, unida por los vínculos y los sentimientos del amor cristiano.

La celebración de la Eucaristía, núcleo central del domingo cristiano, no puede ser ajena a estas realidades solamente aludidas pero de múltiples y, en ocasiones, graves repercusiones prácticas. El pluralismo diversifica y, desde este punto de vista, es expresión de la riqueza humana, tanto en la vida social como en la misma comunidad cristiana. Pero el pluralismo tiende también a dividir y a enfrentar, produce tensiones y conflictos, difíciles de asumir en una perspectiva general del bien social y eclesial. Una celebración eucarística que, ante todo, debe ser reflejo de la unidad de la comunidad cristiana, puede quedar fuertemente afectada por las divisiones de esa comunidad.

No es fácil lograr que los vínculos unificadores de la fe y el amor cristianos prevalezcan sobre las opciones ideológicas, las diferencias socio-económicas y culturales, los intereses encontrados. La dificultad crece cuando las diferencias y los posibles enfrentamientos son leídos e interpretados desde la clave de la justicia o la injusticia, que puede cuestionar la autenticidad del amor que la comunidad permanentemente proclama. La dimensión del perdón mutuo se debilita por supuestas o reales razones objetivas y también por sentimientos intensamente vividos.

No podemos cerrar los ojos ante esa realidad que se presenta como un reto a la autenticidad de nuestra vida cristiana y consiguientemente a la verdad de nuestras celebraciones.

La comunidad cristiana y, con ella, la celebración dominical no es ajena tampoco al fenómeno de la estratificación o segmentación del tejido social. La falta de comunicación entre las personas puede dar lugar a la incomunicación entre los grupos en los que esas personas se protegen, creando así su propio ámbito de convivencia social. El fenómeno de las pequeñas comunidades o grupos eclesiales no es ajeno a esta realidad socio-cultural. La dinámica propia de la convocatoria a la asamblea, que está abierta a todos y a todos quiere llamar, puede estar frenada y aun alterada por otras llamadas que, aun siendo legítimas, no pueden impedir la realización de la Iglesia como comunidad abierta a la pluralidad y acogedora de sus diversas manifestaciones.

Las perspectivas sombrías del trabajo continuado

11. La sociedad moderna está organizada con la clave de la mayor productividad posible. Reclama la máxima explotación de la tecnología empleada. Y suele hacerlo de modo salvaje e inhumano, creando por doquier profundas heridas de

difícil cura. En este contexto de lucha productiva ha aparecido la idea, plasmada por desgracia en realidades, del trabajo continuado con cuantos turnos sean precisos.

Se igualan días y noches; se tiende a dividir los días en períodos de trabajo y descanso sin tener en cuenta, no pocas veces, el carácter diferencial y festivo de los domingos y fiestas reconocidas incluso en los calendarios oficiales laborales. Sólo parece contar a esos efectos la clasificación en días laborables o no laborables, recuperables o no recuperables. Y, llegado el caso, se intenta poner remedio a cuantas dificultades surjan sólo mediante cantidades supletorias de dinero compensatorio.

No hace falta detenerse a ponderar la incidencia necesaria que la instauración generalizada de este sistema de trabajo continuado habría de tener sobre la fiesta del domingo y también sobre su celebración cristiana. La Iglesia, por ello, se ha mostrado reacia a la sistemática organización de calendarios con trabajo continuado para cuya confección únicamente parecen contar las consideraciones económicas. ¿Cómo salvar, en tales circunstancias, el significado del domingo como el día del descanso y de la fiesta y, en particular, como el día de la asamblea eucarística?

Tememos que, aun en el caso en que la sintonía con el carácter festivo del domingo no fuese adulterada por el citado ánimo de competitividad productiva, el aire de fiesta quedaría también contaminado por la mera reducción al ocio, al descanso físico y a la simple evasión del duro ritmo de la vida laboral. Todo ser humano necesita descanso y fiesta semanal a modo de contrapunto a los esfuerzos del resto de los días. Pero, para el día del domingo, los cristianos queremos mucho más.

Otros interrogantes

12. Podríamos seguir haciendo consideraciones diversas sobre actitudes, ofertas, posibilidades de recursos personales y técnicos, así como sobre algunos otros problemas con los que, hoy en día, topamos a la hora de celebrar el domingo. Por otra parte, las situaciones son muy distintas, según comunidades y «talantes» de personas y grupos. No pretendemos describir exhaustivamente el rostro del domingo tal como se vive entre nosotros. Sólo queremos citar algunas otras pistas.

En el acusado descenso de la práctica dominical, directa o indirectamente, ¿no somos responsables también los sacerdotes? La preparación de todos los aspectos de la celebración, ¿es coordinada adecuadamente por su presidente? El horario sobrecargado, la visita puntual y encorsetada por tener que atender enseguida a otros compromisos, ¿no dan pie a caer en la rutina del «funcionario» o, al menos, a que tal sea la imagen que se ofrece?

Bajo otro enfoque, ¿no se ha optado, en algunos momentos, por la preferencia de otros métodos pastorales para profundizar en la conciencia de grupo, estudiar concretos problemas en pequeñas comunidades de vario tipo y alimentar en ellas la fe en Jesucristo?, ¿por qué no se tuvo siempre, por parte de todos,

como referencia central la Eucaristía de la gran comunidad eclesial polarizada en la parroquia?

¿Tendremos que aludir a otro aspecto con el que se salpican no pocas de las Eucaristías del domingo? Campañas, programas, documentos, directrices, comunicados... ¿facilitan la solidaria celebración del amor cristiano o dificultan la vivencia del núcleo esencial de nuestra fe?...

Sin acusar a nadie, queremos llamar la atención de todos y, ahora en especial, de cuantos tienen la gracia y misión de presidir la Eucaristía. ¿Cómo ayudarles a que lo hagan con el gozo de la fe, convencidos de ser los principales animadores de la fiesta clave de la vida cristiana? ¿Cómo renovarse sin cesar para suscitar y alentar a la participación activa de todos los cristianos en la celebración del «día del Señor»?

Lo indicado puede ser suficiente para comprender que nos encontramos ante un reto que afecta grandemente a la vida cristiana y a la social. El momento es importante. Son muchos los peligros que la acechan. Pero son también grandes las posibilidades de futuro para una mejor celebración cristiana del domingo. De nosotros dependerá, en gran medida, hacerlas realidad.

II.- LOS VALORES Y LA RIQUEZA DEL DOMINGO CRISTIANO

13. El domingo los cristianos celebramos el misterio de Cristo y es, por tanto, portador de insondables riquezas. Es, en sí mismo, misterio. Sólo los ojos de la fe son capaces de captar las realidades espirituales que actualiza y comunica. El domingo de los cristianos es, por eso, radicalmente distinto del domingo de los no creyentes.

A partir de la experiencia pascual y al calor de la celebración semanalmente vivida, la tradición cristiana ha ido elaborando, a lo largo de los siglos, una rica doctrina sobre el domingo. El pueblo cristiano tiene derecho a conocerla en su integridad, porque se trata de un patrimonio familiar. Debe saber que el domingo es mucho más que la simple obligación de ir a Misa. Por ello queremos transmitirlo fiel e íntegramente, sin mutilaciones, toda la esplendorosa riqueza del depósito de la fe, relativa a la celebración del domingo cristiano.

A la plenitud del misterio de Cristo, celebrado el domingo, pertenece el misterio pascual, que es su centro. Pero pertenece también a él su consumación final en la gloria futura y su realización progresiva en el misterio de la Iglesia y en la vida del cristiano. El domingo es, a la vez, memorial de la Pascua, anuncio y anticipación de la gloria futura, epifanía y autorrealización de la Iglesia y realización del cristiano, hecho hombre nuevo en Cristo.

El domingo, día de la resurrección, Pascua semanal

• *Día de la resurrección*

14. El domingo nació indisolublemente ligado al acontecimiento admirable de la resurrección del Señor, que acaeció precisamente «el día primero después del sábado» (Mt 28,1)². Por ello, «trae su origen del mismo día de la resurrección de Cristo» (*Sacrosanctum Concilium*, n. 106).

También el hecho de que el Resucitado se apareciera a los suyos en domingo, el día mismo de la resurrección³, y que no se mencione ningún otro día como fecha de apariciones del Señor, no es ajeno al origen de la costumbre apostólica de reunirse cada ocho días, en domingo, en memoria del Resucitado. El domingo cristiano quedó definitivamente marcado por aquella experiencia singular que vivieron los primeros discípulos de Jesús. Las narraciones que nos han conservado su recuerdo son como una catequesis de lo que debe ser el domingo de los cristianos.

El domingo es, ante todo, el día de la resurrección, el memorial semanal de la resurrección del Señor.

² Cfr. Lc 24,1; Jn 20,1.

³ Mt 28,9-10; Mc 16,9-13; Lc 24,13-35; Jn 20,14-23; y a los ocho días: Jn 20,26-29.

- ***Día del Señor***

15. Por eso, desde los orígenes⁴, al domingo se le ha llamado «día del Señor». Es el día en que resucitándolo de entre los muertos, «Dios hizo Señor y Cristo a este Jesús que fue crucificado» (Hch 2,36). Así lo confiesa y proclama la Iglesia que aclama su victoria sobre la muerte.

Por la misma razón, los cristianos de la antigüedad no tuvieron reparo en seguir llamando al domingo con el nombre pagano de «día del sol», dándole una interpretación cristiana: «Si los paganos le llaman día del sol, nosotros lo reconocemos de buen grado, porque ese día el Sol de justicia resucitó» (San Jerónimo)⁵.

- ***Presencia del Resucitado***

16. El origen del domingo se debe a una iniciativa del Resucitado. Él es el autor del domingo: es «el día que hizo el Señor para nuestra alegría y nuestro gozo» (Sal 118,24).

Es el día que el Señor dedica a los suyos. Antes de ser el día que nosotros reservamos para el Señor, nos lo da él como don de su amor. No basta con decir que es el día que los cristianos consagramos al Señor, santificándolo con la oración y la celebración eucarística. Antes de eso, es el día que el Señor ha elegido para visitar a su pueblo y enriquecerlo. El domingo es el día que el Señor dedica y ofrece a sus hijos como don.

En el domingo el Resucitado se hace presente a su Iglesia a través de signos diversos: la reunión de los hermanos, la persona del sacerdote, la Palabra, la Eucaristía, la fiesta... La Iglesia reconoce, cree, acoge y celebra esa presencia del Resucitado y entra en comunión con la vida nueva que éste inauguró en la resurrección. Encuentro y comunión que generan gozo y alegría⁶, y regeneran la esperanza de cuantos creemos en Él. El domingo es esencialmente cristocéntrico, está organizado enteramente en torno a esta presencia del Señor resucitado.

- ***Sacramento semanal de la Pascua***

17. Al conmemorar y celebrar la resurrección del Señor, «la Iglesia celebra cada ocho días el misterio pascual» (*Sacrosanctum Concilium*, n. 106), ya que la pasión y la muerte son inseparables de la resurrección y forman con ella un único misterio. El Cristo pascual que hace acto de presencia entre los suyos, lo hace con el costado abierto⁷. Indica con ello que sigue presente en Él el acto de su donación suprema en la cruz. El domingo es así el sacramento semanal de la Pascua, la Pascua semanal de la Iglesia, la fiesta de la liberación pascual.

⁴ Cfr. Ap 1,10; *Didaché* 14,1.

⁵ En otro texto se comenta: “Es el día en que el Salvador se elevó resplandeciente como el sol, tras haber disipado las tinieblas de los infiernos en la luz de la resurrección” (San Máximo de Turín).

⁶ Cfr. Jn 20,20.

⁷ Cfr. Jn 20,19-22.

De este modo, lo que constituye la esencia misma del cristianismo queda convertido en objeto de celebración festiva cada ocho días. Lo que es el centro de la historia de la salvación viene a ser también el núcleo central y el contenido de la celebración del domingo. El misterio pascual es, efectivamente, el acontecimiento que unifica toda la historia de la salvación pasada, presente y futura; por él quedó consumada la obra de la redención y sellada la alianza nueva y eterna; de él nació «el sacramento admirable de la Iglesia entera» (*Sacrosantum Concilium*, n. 5) y brotaron las fuentes del agua viva, es decir, del Espíritu⁸; él es la revelación del misterio del hombre y de su destino último.

Al celebrarlo domingo tras domingo, la Iglesia mantiene vivas la memoria y la conciencia de ser pueblo salvado por Dios en Cristo. Y de cara a los no creyentes, su celebración es un resonante anuncio de la Buena Noticia de Dios para toda la humanidad.

El domingo, figura del mundo futuro

• Dimensión escatológica del domingo

18. Todas las realidades cristianas apuntan hacia la venida del Señor y aparecen como surcadas, de parte a parte, por esa referencia a la etapa final de la historia⁹. La celebración del domingo no podía ser una excepción. También a ella le es esencial esta tensión escatológica.

Al celebrar el domingo, la comunidad cristiana va realizando a lo largo de la jornada, unos gestos que evocan y prefiguran el Reino futuro hacia el cual va encaminando sus pasos. La reunión de los hermanos, los cantos de fiesta y victoria, el banquete eucarístico y la comida festiva familiar, el descanso, quieren ser un preanuncio de la fraternidad sin fisuras, la fiesta sin fin, la luz de la gloria, el festín escatológico, el reposo eterno, que nos esperan más allá de las fronteras del tiempo.

De este modo, el domingo, en su conjunto, resulta como signo de un mundo nuevo, como una prefiguración de la vida en la gloria, como un símbolo de la eternidad.

Nuestros padres en la fe llamaron al domingo «el día octavo», es decir, el día que está más allá de la semana de siete días y simboliza las realidades últimas y definitivas que se encuentran más allá del tiempo de los hombres¹⁰.

• Anticipación de la Pascua final

19. Esos signos proféticos que conforman el domingo cristiano no sólo evocan y prefiguran la vida del mundo futuro. Por su carácter sacramental, aseguran ya

⁸ Cfr. Jn 7,37-39.

⁹ Cfr. *Lumen gentium*, nn. 48-51.

¹⁰ “El día octavo significa el estado que sigue al tiempo presente, el día sin fin, el otro mundo, que no tiene ni tarde, ni sucesión, ni interrupción, ni ocaso” (San Basilio).

desde ahora el acceso a los bienes del Reino y, de alguna manera, los realizan. En y por la celebración del domingo, «gustamos anticipadamente y tomamos parte en aquella liturgia celestial que se celebra en la santa ciudad de Jerusalén, hacia la cual nos dirigimos como peregrinos» (*Sacrosanctum Concilium*, n. 8). El domingo es ya el comienzo de la eternidad, simbiosis con el mundo que viene, una especie de ensayo de la vida futura.

El domingo cristiano, como memorial y sacramento de la Pascua, pone a la comunidad celebrante en contacto con el misterio pascual y con la persona del Resucitado, que son ya acontecimientos escatológicos e inauguran los tiempos últimos que significan el establecimiento definitivo de la nueva alianza y la llegada del Reino de Dios. El Resucitado es ya, en persona, la nueva humanidad, el más allá, la gloria, el Reino, «los cielos nuevos y la tierra nueva» (Ap 21,7).

- ***Día de la esperanza***

20. De ahí que en la celebración del domingo resuene con fuerza la nota de la esperanza. El domingo es el día de la esperanza. «En este día los fieles dan gracias a Dios, que los hizo renacer a la viva esperanza por la resurrección de Jesucristo» (*Sacrosanctum Concilium*, n. 106). La Iglesia peregrina va caminando hacia su Pascua definitiva «en el sacramento de la esperanza» (San Agustín). Necesita mantenerla viva. Por eso la afirma gozosamente y la celebra cada ocho días. Sabe que donde no se celebre la esperanza, pronto no habrá esperanza. La celebración del domingo, semana tras semana, alimenta el fuego de la esperanza que mantiene a la Iglesia en tensión escatológica.

- ***También para el mundo***

21. Nuestra sociedad parece haber renunciado a hacerse preguntas sobre el sentido último de la vida. Prefiere concentrarse en buscar afanosamente la satisfacción y el placer de lo inmediato. Se ha cortado voluntariamente las alas de la esperanza.

Al celebrar su domingo en medio de esa sociedad, los cristianos cumplen la amonestación del Apóstol: «Estad siempre prontos a dar razón de la esperanza que hay en vosotros» (1 Pe 3,15). Su proclamación gozosa y serena habría de ser aliento estimulante para un mundo que ha suprimido, del horizonte de su vida, la dimensión de la esperanza.

El domingo, día de la Iglesia

- ***Celebración de la Iglesia***

22. Quien celebra propiamente el domingo no es el cristiano individualmente considerado, sino la comunidad cristiana, la Iglesia del lugar. «No es acción privada, sino celebración de la Iglesia, que es sacramento de unidad, es decir, pueblo santo congregado y ordenado bajo la dirección de los obispos. Por eso pertenece a todo el cuerpo de la Iglesia, influye en él y lo manifiesta» (*Sacrosanctum Concilium*, n. 26).

Al conmemorar y celebrar el misterio pascual en domingo, la Iglesia conmemora y celebra su acontecimiento fundacional: «Del costado de Cristo dormido en la cruz nació el sacramento admirable de la Iglesia entera» (*Sacrosanctum Concilium*, n. 5). La resurrección es el acontecimiento fundante y originario de la Iglesia. La unidad eclesial es fruto de la gracia pascual.

En los relatos de las apariciones del Resucitado, que están en el origen del domingo y son su paradigma, se ve cómo la Iglesia empieza a agruparse y a constituirse como nuevo pueblo de Dios, en torno a la persona del Resucitado. Apreciamos en ellos la fuerza convocadora y congregadora de la Pascua. Idéntica fuerza de convocatoria sigue desplegando en la actualidad a través de su memorial eficaz, que es el domingo, sobre aquellos que creen en Él.

- ***El domingo hace la Iglesia***

23. Si bien es verdad que la Iglesia hace el domingo cristiano, también lo es que el domingo hace la Iglesia. En y por la celebración del domingo, la Iglesia se va edificando y creciendo como comunidad de salvación. El domingo la pone en contacto real con el misterio que le dio origen: para ella, recordar y celebrar el misterio pascual y comulgar con él, equivale a subsistir, regenerarse, recobrar nueva vitalidad. Su existencia misma se vería gravemente amenazada, si descuidara este contacto regular con sus propias raíces. En su encuentro semanal con el Señor resucitado, éste la va alimentando y fortaleciendo con el pan abundante de su Palabra y con su Cuerpo y su Sangre.

En su peregrinación a los orígenes, la Iglesia descubre cada vez mejor sus propias señas de identidad y su total dependencia de Cristo y del misterio pascual. En la figura del obispo o del presbítero que preside la celebración y actúa «en la persona de Cristo Cabeza», la Iglesia comprueba agradecida que los bienes de la salvación le llegan siempre de su Señor.

- ***Gustar y vivir el misterio de la Iglesia***

24. La celebración del domingo brinda a los fieles la oportunidad de descubrir el auténtico rostro y las dimensiones verdaderas de su Iglesia. El domingo es lugar propicio para una experiencia genuina de la Iglesia, «para gustar y vivir el misterio de la Iglesia» (Juan Pablo II) y para identificarse con ella. La fidelidad a la práctica dominical se puede legítimamente interpretar como una expresión pública de fidelidad a la Iglesia y una diáfana afirmación de pertenencia a ella.

Las razones que empujen al cristiano a participar en la celebración del domingo no han de ser solamente de índole subjetiva e individual, sino también eclesial. Ha de moverlo también la necesidad y voluntad de tomar parte en una celebración que es de vital importancia y hondo significado para su Iglesia. Por desgracia, esta referencia a la Iglesia está frecuentemente ausente en quienes se mantienen fieles a la práctica dominical.

- **Presencia de la Iglesia al mundo**

25. La celebración del domingo contribuye a hacer visible a la Iglesia también a los ojos del mundo exterior. Se manifiesta a sí misma como «signo levantado en medio de las naciones» (*Sacrosanctum Concilium*, n. 2). El domingo es el día en que de una manera particular la Iglesia se hace presente al mundo. Los signos que ese día pone ostensiblemente para celebrar su fe hacen que aun los ajenos a ella noten su presencia e incluso puedan descubrir un su rostro.

De la celebración del domingo de los cristianos les pueden llegar noticias de la asombrosa pretensión de la Iglesia de ser sacramento de realidades inefables: del acontecimiento pascual, de la redención universal, de la unión con Dios y de la unidad de todos los hombres, de la Jerusalén celestial que un día acogerá a todos aquellos «cuya fe sólo Dios conoce»¹¹. Deberíamos ser conscientes de la fuerza evangelizadora que podría tener la proclamación festiva de todas estas convicciones, hecha cada ocho días por un pueblo cristiano plenamente poseído por ellas.

El domingo día del cristiano

26. El domingo no es sólo «día del Señor»; es también «día del hombre». No es sólo tiempo para Dios; es también tiempo para el hombre. La dimensión antropológica, la atención al hombre y sobre todo la referencia al bien integral del hombre, es esencial a las realidades cristianas. También el domingo está en función del hombre, al servicio de su liberación y de su dignidad, como individuo y como miembro de la comunidad.

- **Día del cristiano**

27. El domingo es «el día del Señor, el día de la resurrección, el día de los cristianos, es nuestro día» (San Jerónimo). El domingo, es el día del cristiano. Únicamente puede celebrarlo quien, en la totalidad de su pleno sentido religioso y aun humano, ha sido iniciado por el Bautismo en el misterio de Cristo. En ese día el cristiano vive, densa e intensamente, los grandes valores que configuran su vida y le dan sentido y consistencia.

He aquí recogidas brevemente las tres dimensiones que nos dan la medida de la experiencia religiosa que el cristiano está llamado a vivir en la celebración del domingo:

- Al celebrar con toda la Iglesia el misterio pascual, recuerda, revive y ahonda la realidad de su Bautismo, en el que murió y resucitó con Cristo y quedó configurado para siempre con el misterio pascual. De aquel acontecimiento arranca su vida de cristiano, que no puede ser sino pascual. Al igual que la Iglesia y con ella, va en peregrinación, cada domingo, a sus fuentes, y toma contacto una y otra vez con sus orígenes.
- La celebración del domingo, con su profunda carga escatológica, aviva en el cristiano la conciencia de la apertura a la vida que es para siempre,

¹¹ *Misal Romano*, Plegaria eucarística IV.

que el Bautismo hundió en lo más profundo de su ser. Le hace contemplar la utopía hecha realidad en Cristo resucitado, el Hombre nuevo. Cada domingo, vuelve a sentirse peregrino que camina hacia la Jerusalén celestial en cuyo padrón fue registrado su nombre como ciudadano en el acto del Bautismo. Contempla de lejos el futuro glorioso que le aguarda y llega a gustarlo anticipadamente. Ello acrecienta su nostalgia del cielo y reaviva su esperanza.

- Cuando se reúne con los hermanos en domingo para celebrar el día de la Iglesia, el cristiano se siente miembro del Cuerpo de Cristo al que fue incorporado en su Bautismo. La celebración del domingo le ayuda a experimentar el misterio de la Iglesia, consolida los vínculos que lo mantienen ligado a ella y profundiza su inserción en la vida y misión de la Iglesia.

Por todo ello, el domingo, Pascua semanal, es un día apto para conmemorar el Bautismo y renovar su gracia sacramental. Es lo que quiere expresar el rito de la aspersion del pueblo con agua bendita al comienzo de la Misa solemne de los domingos, al igual que en la Vigilia Pascual del Sábado Santo.

• *La identidad del cristiano*

28. En la sociedad secularizada en que vivimos, el cristiano necesita un lugar o referencia donde reconocer su originalidad cristiana. En la celebración del domingo descubre él su propio rostro y toma conciencia de sus señas de identidad al identificarse con los valores que celebra. Al encarnar en su persona y en su vida el significado del domingo, se contempla a sí mismo, según expresión de san Agustín, como hombre identificado con el domingo, como el hombre del domingo.

Es que la Iglesia no celebra el domingo en la clandestinidad. Lo celebra a la vista de todos. Para el cristiano, su participación en la celebración común resulta una afirmación pública de su condición cristiana, de su fe en Jesucristo resucitado, de su pertenencia a la Iglesia, de su esperanza en la vida eterna. El domingo es así una de las formas más vigorosas que reviste el testimonio cristiano ante el mundo, por su carácter masivo, festivo y reiterado.

• *Día del hombre*

29. El domingo es, finalmente, «día del hombre» a secas. Gracias a los elementos humanizadores que pone en juego, tales como el descanso, la fiesta, la alegría, la convivencia, la cultura, el arte, el deporte, el disfrute de la naturaleza, etc., el domingo es una institución en función y al servicio del hombre, de su dignidad, de su promoción, de su libertad, de su equilibrio físico y psíquico, de su realización como sujeto individual y social. El domingo es para la afirmación del hombre.

Significa una cierta ruptura con la vida cotidiana, pero no ha de ser visto como una evasión de la vida del resto de la semana. Por el contrario está llamado a dar sentido a los demás días y a la existencia entera del hombre. A partir del domingo, el hombre debe ser capaz de contemplar la vida con ojos renovados, para ser más plenamente el hombre que está llamado a ser.

III.- LOS SIGNOS DEL DOMINGO

30. El domingo es una celebración que dura todo el día, empezando al atardecer del sábado. La celebración del domingo no se reduce a la Eucaristía dominical. Ésta ciertamente marca el momento culminante del domingo. Pero los cristianos nos servimos también, a lo largo de la jornada, de otros elementos, incluso cívico-sociales, para celebrar el domingo.

En realidad, no celebramos el mismo domingo; celebramos, más bien, el misterio de Cristo en domingo, valiéndonos de signos celebrativos. Con ellos se significa y actualiza el misterio que celebramos. Estos signos son concretamente la asamblea, la Eucaristía, la Palabra de Dios, la caridad, el descanso, la fiesta y la alegría. Los llamamos «signos del domingo», porque nos revelan aspectos de la totalidad del Misterio que celebramos el domingo y, a la vez, contribuyen eficazmente a su actuación de índole sacramental.

Los signos utilizados han de ser realmente significativos y evocadores. A través de ellos los ecos de la Buena Noticia que la comunidad cristiana celebra, pueden llegar a los oídos de los no creyentes. En esto radica en buena parte la fuerza evangelizadora del domingo de los cristianos.

La asamblea cristiana

- ***El domingo, día de la asamblea***

31. El elemento que más destaca, desde siempre, a los ojos de la sociedad en la celebración cristiana del domingo, es el hecho mismo de que los cristianos acostumbran a reunirse en ese día. El domingo es el día en que los cristianos se reúnen. Para los cristianos el domingo es, antes que otra cosa, el día de la asamblea. Es lo que es, en buena parte y en primer lugar, por la asamblea o reunión de los fieles en un mismo lugar.

Desde que el Resucitado empezó congregando a los discípulos que la tormenta de la pasión había dispersado, la asamblea es el elemento primordial de la celebración cristiana del domingo. Los evangelistas ponen cuidado en señalar que se apareció «a los discípulos reunidos» (Jn 20,19.26). Desde aquellos orígenes remotos, el encuentro gozoso de los hermanos alrededor del Resucitado ha marcado profundamente al domingo. A la luz de la historia, no se concibe el domingo sin asamblea. Una mística de comunidad subyace, en el fondo, al origen mismo de la celebración del domingo¹².

- ***«No desertéis de la asamblea»***

32. Desde los tiempos más remotos, la principal preocupación que ha acuciado a la pastoral del domingo ha sido la de reunir en un mismo lugar, en el recuerdo

¹² Los testimonios más antiguos sobre la celebración del domingo, que nos han llegado del Nuevo Testamento y del s. II, mencionan casi unánimemente el dato de la reunión (Hch 2,1; 20,7; *Didaché* 14,1; San Ignacio de Antioquía, Plinio el Joven, San Justino...).

del Señor, a todos los creyentes de la localidad. Ya el autor de la carta a los Hebreos exhortaba de este modo: «No desertéis de las asambleas, como algunos tienen por costumbre, sino animaos tanto más cuanto más cercano veis el Día» (10,25).

La necesidad de la asamblea dominical se contempla incluso más desde la misma Iglesia que desde el cristiano individual. La Iglesia sin asamblea sería una contradicción. Reunirse en el día del Señor es sentido como una necesidad biológica del organismo eclesial¹³.

Pero también cada uno de los cristianos, individualmente, ha de sentir como una apremiante urgencia de su condición cristiana el tomar parte en la reunión de los hermanos en domingo. Testigo de ello, las admirables respuestas que, el año 304, dieron uno tras otro los que con razón llamamos «mártires del domingo»: «Somos cristianos, por eso nos hemos reunido... He celebrado el día del Señor con los hermanos, porque soy cristiana... Hemos celebrado en paz el día del Señor porque la celebración del día del Señor no se puede omitir... No podemos (vivir) sin celebrar el día del Señor» (Actas de los mártires). No necesitaban que la legislación canónica les urgiera el precepto de la Misa dominical.

- ***Epifanía de la Iglesia***

33. La asamblea es, ante todo y directamente, signo de la Iglesia que celebra el misterio de Cristo. La Iglesia se hace visible en y por la asamblea. En ella, verdadera epifanía o manifestación de la Iglesia, vemos reflejados como en un espejo la naturaleza, la estructura, el origen, la fe y la vocación o destino de la Iglesia.

La principal manifestación de la Iglesia se realiza en la participación plena y activa de todo el pueblo santo de Dios en una misma oración, particularmente en la misma Eucaristía, junto al único altar donde preside el obispo, rodeado de su presbiterio y ministros. Aunque también otras comunidades de fieles, entre las que sobresalen las parroquias, representan de alguna manera a la Iglesia visible establecida por todo el mundo¹⁴.

La asamblea dominical está llamada a ser para los hermanos de la comunidad concreta que se reúne, lugar de encuentro, de reconciliación, de acercamiento, de superación de diferencias, de reconocimiento mutuo, de gestos de solidaridad, de prestación de servicios, de comunión fraterna. El sentido comunitario, que es requisito previo para que se congregue la asamblea, debe salir cada vez más reforzado, de esta experiencia renovada de fraternidad.

¹³ A mediados del s. III, la *Didascalía de los Apóstoles* hace a los obispos esta recomendación: “Cuando enseñes, ordena y persuade al pueblo a ser fiel en reunirse en asamblea; que no falte, sino que sea fiel a la reunión de todos, a fin de que nadie sea causa de merma para la Iglesia al no asistir, ni el Cuerpo de Cristo se vea menguado en uno de sus miembros. Que nadie piense solamente en los demás, sino también en sí mismo, cuando escuche lo que ha dicho el Señor: “El que no recoge conmigo desparrama”. Y puesto que sois los miembros de Cristo, no os engaños a vosotros mismos, y no privéis a nuestro Señor de sus miembros, ni desgarréis o disperséis su Cuerpo” (cap. 13).

¹⁴ Cfr. *Sacrosanctum Concilium*, nn. 41-42.

- ***Signo para los hombres***

34. La presencia de la Iglesia entre los hombres, como sacramento de salvación, puede pasar inadvertida o percibirse ambiguamente entre semana. Puede difuminarse en las distintas actividades que ella misma y los cristianos desarrollan en la sociedad.

La asamblea dominical, en cambio, señala al mundo la presencia de la Iglesia tal cual ella es: comunidad de fe que se reúne en el recuerdo del Resucitado, sacramento de la Pascua o de la redención universal, instrumento de la unidad de los hombres con Dios, esbozo de fraternidad universal, signo de la plena comunión en el Reino.

Cada comunidad debería preguntarse qué imagen de Iglesia da realmente al mundo, al reunirse en asamblea cada domingo.

- ***Relevancia actual de la asamblea cristiana***

35. Esta asamblea dominical cobra una importancia más relevante en una sociedad donde las relaciones interpersonales corren el riesgo de debilitarse e, incluso, de convertirse en intercambio de carácter pragmático o de pura conveniencia. Los creyentes hemos de recordar que la fe no es un «hobby» que se vive en solitario, sino una experiencia que se alimenta, se purifica y enriquece en el seno de una comunidad. La asamblea dominical puede ser hoy para los cristianos de la sociedad contemporánea «el hogar» donde crece su fe en Jesucristo.

Por otra parte, es normal que, viviendo en una sociedad pluralista, no todos pensemos de la misma manera ni compartamos las mismas ideas o posiciones políticas. El domingo, sin embargo, nos reunimos todos como creyentes que, por encima de cualquier diferencia, han recibido un mismo Bautismo y comparten una misma fe. Convocados por el mismo Señor, recitamos el mismo credo, invocamos al mismo Padre, nos alimentamos del mismo pan y nos dispersamos luego de nuevo para construir un mundo más fraterno animados por el mismo Espíritu.

La Eucaristía

- ***El domingo, día de la Eucaristía***

36. En las narraciones de los encuentros del Resucitado con los suyos, casi nunca falta una referencia a la comida¹⁵. Parece legítimo ver en ella una velada alusión a la Eucaristía dominical. En todo caso, esta experiencia pascual de los primeros discípulos de Jesús marcó profundamente su comprensión de la Eucaristía y la vinculó decisivamente con la celebración del domingo. Después de la Ascensión del Señor, la «fracción del pan», celebrada en domingo, será el centro de la vida de las comunidades cristianas primitivas¹⁶ y conservará vivo en ellas el recuerdo de aquellos primeros encuentros con el Resucitado.

¹⁵ Cfr. Lc 24,30-35; 24,36-43; Jn 21,1-3; Mc 16,14; Hch 1,4-8; 10,41: "... nosotros que hemos comido y bebido con Él después de su resurrección".

¹⁶ Cfr. Hch 2,42,46; 20,7-8.10; 1 Co 11,20.

Esta conexión entre el domingo y la Eucaristía se mantendrá invariablemente en todas partes. Desde entonces «el domingo, día del Señor, es el día principal de la celebración de la Eucaristía»¹⁷.

Lo es con toda legitimidad, porque tanto la celebración del domingo como, en particular, la asamblea dominical encuentran en ella su plena significación y eficacia. La Eucaristía concentra en sí todo el significado del domingo, todas sus dimensiones. Descubrir los valores de la Eucaristía equivale a descubrir la riqueza del domingo. Por eso, la hora de la Eucaristía representa el ápice de la celebración cristiana del domingo.

- ***Sacramento de la Pascua y de la presencia del Señor***

37. La Eucaristía es memorial que actualiza el sacrificio pascual, en el que Cristo ofrece su vida al Padre por el perdón de los pecados de la humanidad. Es también sacramento de la presencia del Resucitado. Por todo ello, brinda a la comunidad cristiana la oportunidad de vivir con singular densidad lo que constituye el objeto primordial de la celebración del domingo, Pascua semanal y día de la resurrección. En ningún otro sacramento de la Iglesia se da la actualización del acontecimiento pascual con el realismo con que se produce en éste. Tampoco la comunión con el misterio puede alcanzar el grado de intimidad que augura el simbolismo de la comida.

El desarrollo de la celebración eucarística, con su rico despliegue de signos de la presencia del Señor –la asamblea, el sacerdote que preside, la Palabra, el pan y el vino, la comunión eucarística–, ofrece marco y clima ideales para un encuentro prolongado y una comunicación distendida con el Resucitado. «Es necesario mantener constantemente viva la afirmación del discípulo ante la presencia misteriosa de Cristo: ‘Es el Señor’ (Jn 21,7). Nada de lo que hacemos en la liturgia puede aparecer como más importante de lo que invisible, pero realmente, Cristo hace por obra de su Espíritu»¹⁸.

Se comprende que sea principalmente la celebración de la «Cena del Señor» la que haga que el domingo sea de verdad «día del Señor», día de la presencia del Señor a su Iglesia.

- ***La comunión eucarística***

38. Es, por ello, motivo de alegría que haya aumentado entre nosotros el número proporcional de los que comulgan en las eucaristías dominicales. En la comunión eucarística se da la culminación del encuentro comunitario y personal con Jesús resucitado y con su misterio de salvación. Pero es preciso recordar también la amonestación de san Pablo: «Antes de comer del pan y beber del cáliz, examínese cada uno» (1 Co 11,28). Acercarse a comulgar de manera automática y sin la debida disposición, puede vaciar de su significado y de sus frutos un gesto de tanta hondura, y alejarnos de Cristo, en lugar de acercarnos más a Él.

¹⁷ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1193.

¹⁸ Juan Pablo II, *XXV annus*, n. 10.

Algunos pueden estar impedidos para comulgar por su propia conciencia de pecado grave. En tal caso, deben recordar la conexión necesaria que existe entre la Reconciliación y la comunión eucarística. Por ello, los sacerdotes hemos de estar siempre dispuestos a acoger y a facilitar el sacramento de la Reconciliación, según las normas de la Iglesia, a todos los que nos lo pidan. A otros cristianos, su situación irregular ante Dios y ante la Iglesia, les cerrará el acceso a la comunión. Unos y otros deben saber en todo caso, que, si no plenamente, también es posible participar activamente en la Eucaristía aun sin comulgar.

- ***Sacramento de la eternidad***

39. El domingo quiere ser también, en todas sus manifestaciones, símbolo profético del mundo nuevo y experiencia anticipada de la vida y gloria futuras. Y lo alcanza, en grado máximo, en la celebración eucarística, que es imagen y anticipación del banquete del Reino¹⁹, sacramento de la eternidad, prefiguración del gozo de Dios, que se dará en la patria que es para siempre.

Es ahí donde el domingo puede realizar cumplidamente su vocación de animar y mantener viva, en la comunidad cristiana y en la sociedad, la llama de la esperanza.

- ***Misterio de comunión eclesial***

40. El domingo como día de la Iglesia, día de la fraternidad y la comunidad cristiana, encuentra también en la celebración eucarística su expresión más plena y su más alta cota de realización. La reunión de todos los hermanos y hermanas en torno a la mesa familiar de la Palabra y del Cuerpo y Sangre de Cristo, para ofrecer juntos el sacrificio que reunió a los hijos dispersos²⁰ y para compartir el pan de la comunión que los fundirá en un solo Cuerpo²¹, aparece como la manifestación más consumada de la Iglesia.

Toda la celebración eucarística, de principio a fin, es una liturgia de fraternidad en la que los gestos de unidad y hermandad se suceden ininterrumpidamente. La unidad de la Iglesia en la caridad es el fruto que se espera de ella: es lo que pide en su conclusión la plegaria eucarística en sus distintas versiones. Por todo ello, la celebración eucarística dominical constituye la fuente, el centro y la cima de la vida de la comunidad cristiana.

En la celebración de la Eucaristía, la asamblea cristiana expresa y fortalece los vínculos de una auténtica comunidad cristiana. Por ello, el Concilio Vaticano II recuerda que «ninguna comunidad cristiana puede edificarse, si no tiene como raíz y quicio la celebración de la Eucaristía. La educación del espíritu comunitario debe empezar, pues, a partir de la Eucaristía» (*Presbyterorum Ordinis*, n. 6). Y añadía Pablo VI, con expresa referencia a la Eucaristía del obispo y de la comunidad parroquial: «El sentido comunitario eclesial, que de modo especial se nutre y se expresa en la celebración común de la Misa en domingo, conviene

¹⁹ Cfr. Lc 22,16.

²⁰ Cfr. Jn 11,52.

²¹ Cfr. 1 Co 10,17.

que se fomente tanto en torno al obispo, especialmente en la iglesia catedral, como en la comunidad parroquial, cuyo pastor ocupa el lugar del obispo»²².

Por ello, los fieles son invitados a participar normalmente en la Eucaristía de su comunidad parroquial de pertenencia, para cultivar los estrechos lazos que los unen a ella y aportar su contribución de miembros activos.

- ***La obligación de la Misa dominical***

41. Esta profunda conexión entre el domingo cristiano y la Eucaristía está en el origen del precepto eclesiástico de la Misa dominical. La Iglesia percibió primero esta conexión esencial. Sólo más tarde vino la formulación del precepto.

Es necesario, también hoy, asumir e inculcar la importancia de la obligación de participar en la Eucaristía dominical. Pero siendo tantos y tan importantes los valores personales y comunitarios que en ella entran en juego, la fidelidad a la práctica dominical debe apoyarse principalmente en la convicción de que ella es indispensable para la vitalidad del grupo y de cada miembro.

Nos es necesario ir caminando de una Misa entendida como acto religioso individual, hacia una eucaristía que alimenta y construye a toda la comunidad. De un asunto que concierne fundamentalmente al clero que «dice la Misa» mientras los demás «la oyen» pasivamente, a una celebración vivida por todos de manera activa e inteligible. De una obligación sagrada, unida a un precepto de la Iglesia, a una reunión gozosa que la comunidad necesita celebrar todos los domingos para alimentar su fe, crecer en fraternidad y reavivar su esperanza en Cristo resucitado.

La Palabra de Dios

- ***El domingo, día de la Palabra***

42. Desde los tiempos apostólicos²³, la asamblea cristiana dedica un tiempo a la proclamación de la Palabra de Dios, especialmente en la asamblea eucarística de los domingos. Esta proclamación viene a constituir uno de los componentes irremplazables de la celebración cristiana del domingo: no hay domingo sin Palabra de Dios. Al domingo le podemos llamar también día de la Palabra.

En los encuentros del Resucitado con los suyos, había un tiempo dedicado a la Palabra. En el episodio de Emaús, antes de la fracción del pan, «comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas, les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura» (Lc 24,27). Una de las razones más apremiantes para urgir la asistencia a la asamblea dominical, ha de ser la necesidad de alimentarse de la Palabra de Dios²⁴.

²² Pablo VI, Instrucción *Eucharisticum mysterium*, n. 26.

²³ Cfr. Hch 2,42: “Los hermanos eran constantes en escuchar las enseñanzas de los apóstoles”.

²⁴ La tradición atribuyó siempre gran importancia a este encuentro semanal del pueblo de Dios con la Palabra de vida: “No antepongáis vuestros asuntos temporales a la Palabra de Dios,

En una sociedad fuertemente configurada por los medios de comunicación y la publicidad, no es fácil mantenerse lúcido y libre frente a tanta presión que trata de imponernos las ideas, los valores, el estilo de vida y la conducta que hemos de tener. Expuesto a tantas llamadas y reclamos, el hombre contemporáneo corre el riesgo de no escuchar ya la voz de su propia interioridad ni las exigencias y promesas de su fe. De ahí el lugar privilegiado que ha de ocupar hoy la escucha de la Palabra de Dios en la vida de un creyente lúcido y responsable. A lo largo de la semana escuchamos voces y palabras diferentes; informaciones, opiniones e imágenes de toda clase invaden nuestra vida. El domingo, por fin, nos detenemos a escuchar ese Evangelio que puede orientar nuestra acción e iluminar nuestra esperanza.

- ***Una mesa abundante***

43. Con la reciente reforma litúrgica, la mesa de la Palabra de Dios que ofrece la Iglesia los domingos, en sus tres ciclos de lecturas bíblicas, se presenta mejor abastecida, con una selección más abundante y variada que anteriormente. El aprovechamiento de tanta riqueza representa un reto para pastores y fieles.

A lo largo del año litúrgico, las lecturas bíblicas van desarrollando ante los ojos del pueblo creyente, la obra inmensa de Dios en la historia. Gracias a ellas, cada domingo tiene su rostro propio y presenta una faceta o momento particular del misterio de Cristo. Habrá de cuidarse de que la celebración de las jornadas especiales no interfiera negativamente en el desarrollo armónico del programa de cada uno de los tres ciclos de lecturas.

Las lecturas del año litúrgico van revelando, domingo tras domingo, el misterio que la Iglesia celebra. Su función es «mistagógica», es decir, de iniciación al misterio; nutre e ilustra la fe necesaria para celebrar debidamente el misterio. Mas como ese misterio es el misterio de Cristo en su totalidad, la proclamación de la Palabra es en realidad una continuada evangelización y catequización del pueblo cristiano. Es además la única que llega a muchos cristianos. Mediante ella, los cristianos y la misma Iglesia crecen y se consolidan en la fe.

La proclamación de la Palabra en la liturgia es un acontecimiento salvífico y de ahí le viene una eficacia todavía mayor. Cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es Dios quien habla a su pueblo y Cristo mismo sigue anunciando su Evangelio²⁵. La liturgia de la Palabra viene a ser memorial de la redención y actualización del acontecimiento salvífico que narra. La escucha de la Palabra nos hace entrar realmente en contacto con el misterio salvador.

antes bien abandonarlo todo en el día del Señor y acudir con diligencia a vuestra asamblea, pues allí está vuestra alabanza. De lo contrario, ¿qué excusa tendrán ante Dios los que no se reúnen el día del Señor para escuchar la Palabra de vida y nutrirse del alimento divino que permanece eternamente? (*Didascalía de los Apóstoles*, cap. 13).

²⁵ Cfr. *Sacrosanctum Concilium*, nn. 7. 33.

- **El papel de la homilía**

44. Para ayudar a los fieles a percatarse de todas estas riquezas y captarlas mejor, el papel de la homilía es irremplazable. Es una pieza muy importante de la celebración dominical, aunque difícil de valorar debidamente.

Conviene recordar que la homilía es «parte de la misma liturgia»²⁶ y «prolonga la proclamación de la Palabra»²⁷. Como acción litúrgica que es, es también acción de Cristo. Cristo está presente en el ministro que parte el pan de la Palabra²⁸.

A partir de los textos sagrados que han sido proclamados, la función de la homilía es, en primer lugar, descifrar el sentido de las lecturas e iniciar a la inteligencia de las Escrituras. Debe, en segundo lugar, hacer ver las referencias de las lecturas al misterio del Señor, que se celebra, iluminándolo con la luz que desprenden, para conducir así a los fieles a una celebración de fe. Corresponde, por último, a la homilía, mostrar la conexión que la Palabra y el misterio guardan con la vida: «No puede limitarse a exponer la Palabra de Dios en términos generales y abstractos, sino debe aplicar la verdad perenne del Evangelio a las circunstancias concretas de la vida» (*Presbyterorum Ordinis*, n. 4).

«Entre los oficios principales de los obispos se destaca la predicación del Evangelio» (*Lumen gentium*, n. 25). «Anunciar a todos el Evangelio de Cristo es el primer ministerio de los presbíteros como cooperadores de los obispos» (*Presbyterorum Ordinis*, n. 4). Es un ministerio que exige y merece una diligente preparación remota y próxima²⁹.

La caridad fraterna

- **El domingo, día de la caridad**

45. Hay una exigencia de caridad en el misterio que la Iglesia vive en la celebración del domingo. Coherentemente, desde los orígenes, la caridad de la Iglesia se ha manifestado y ejercido de una manera especial en ese día. Cabe llamar también al domingo el día de la caridad fraterna.

En la Iglesia apostólica, junto a la «fracción del pan», se menciona la comunicación de bienes: «Lo tenían todo en común; vendían posesiones y bienes y lo repartían entre todos, según la necesidad de cada uno»³⁰. San Pablo ordena a los cristianos de Corinto, igual que lo había hecho a los de Galacia, que «cada primer día de la semana pongan aparte lo que han podido ahorrar» (1 Co

²⁶ *Sacrosanctum Concilium*, n. 52; cfr. n. 35.

²⁷ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1153.

²⁸ Cfr. Pablo VI, Instrucción *Eucharisticum mysterium*, n. 55.

²⁹ Sería de aconsejar que cuantos tenemos esta responsabilidad leyéramos atentamente el documento que preparó la Comisión Episcopal de Liturgia, *Partir el pan de la palabra. Orientaciones sobre el misterio de la homilía* (Madrid, 1983).

³⁰ Hch 2,44-46; cfr. 4,32-37.

16,1-2), con destino a la colecta en favor de los hermanos de Jerusalén. Y en la más antigua descripción de la Misa dominical leemos que «el día que se llama del sol... los que tienen y quieren, cada uno según su libre determinación, da lo que bien le parece y lo recogido se entrega al presidente y él socorre de ello a huérfanos y viudas, a los que por enfermedad o por otra causa están necesitados, a los que están en las cárceles, a los forasteros de paso...» (San Justino, hacia el año 150).

- ***Exigencias de caridad***

46. Son muchas las exigencias de caridad que se desprenden de lo que celebra el domingo:

- El acontecimiento pascual es objeto primordial de la celebración dominical y, muy particularmente, del memorial eucarístico. Fue la prueba suprema de amor que exige una respuesta de caridad para cuantos lo celebran.
- Está luego la experiencia anticipada de la fraternidad sin fisuras que se nos anuncia y promete. Nos empuja a comprometernos, ya desde ahora, en la construcción de un mundo más humano, que sea un anticipo del Reino de la justicia, el amor y la paz.
- La asamblea cristiana en el día de la Iglesia es experiencia de comunión en el seno de una fraternidad concreta, lugar ideal para enterrar rencores y estrechar lazos de amistad.
- El domingo propone al cristiano el ideal evangélico que tiene como principio regulador la ley del amor fraterno.
- La Eucaristía, memorial del amor divino y sacramento de la comunión eclesial, es el foco principal de la caridad de la Iglesia, que la constriñe a acudir adonde la necesiten.
- Y aun el clima de distensión, calma, alegría y disfrute que crean el descanso y la fiesta no puede menos de ensanchar el corazón del hombre y empujarlo al encuentro con los semejantes, a la convivencia y a la solidaridad, sobre todo con los más necesitados. «Los cristianos que disponen de tiempo de descanso deben acordarse de sus hermanos que tienen las mismas necesidades y los mismos derechos y no pueden descansar a causa de la pobreza y la miseria. El domingo está tradicionalmente consagrado por la piedad cristiana a obras buenas y a servicios humildes para con los enfermos, débiles y ancianos»³¹.

Por todas estas razones, el domingo es un llamamiento recio y redoblado al amor, a la caridad, a la fraternidad, a la solidaridad y al compromiso por la justicia.

- ***Día de la fraternidad***

47. El domingo es, primero, una invitación a vivir el amor cristiano dentro de la propia comunidad: ahogando toda enemistad, otorgándose el perdón generosamente, prestándose al diálogo, multiplicando gestos de amistad, aportando cada uno su parte a la vida y al crecimiento de la comunidad.

³¹ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2186.

La atención preferente de la comunidad cristiana y de sus miembros debe ir hacia los hermanos que más la necesitan: los enfermos, los ancianos que viven solos o en residencias, los separados, los presos...

Cada domingo, los cristianos que forman la comunidad deberían renovar, personal y colectivamente, su compromiso de empeñarse en convertirla en auténtica fraternidad.

- ***Caridad sin fronteras***

48. Pero la caridad cristiana no conoce fronteras. El domingo espolea a los cristianos a ejercerla también más allá de los linderos de su propia comunidad.

La Eucaristía dominical sólo puede celebrarse compartiendo las necesidades y angustias de los marginados, defendiendo sus derechos y comprometiéndose en sus aspiraciones a una vida más digna. ¿Podemos compartir, domingo tras domingo, «el pan de la unidad» y vivir luego indiferentes en medio de una «sociedad dual», sin compartir de manera más comprometida nuestros bienes con los nuevos pobres que estamos generando entre todos? ¿Podemos seguir compartiendo con tranquilidad el pan eucarístico sin compartir de manera más responsable las consecuencias de la crisis económica, derrochando nuestro dinero sin control alguno, gritando sólo nuestras propias reivindicaciones y moviéndonos exclusivamente cuando vemos en peligro nuestros intereses?

Desde esta perspectiva, tiene su sentido la celebración de algunas Jornadas especiales, que vienen a solicitar la ayuda de los cristianos para empresas misioneras, sociales, caritativas, de regiones más o menos alejadas. Pueden cumplir una función importante en la educación de la caridad, encauzándola hacia horizontes más abiertos.

La misma caridad cristiana, animada y fortalecida por la celebración del domingo y particularmente de la Eucaristía, debe estimular el compromiso de los cristianos por la creación de un mundo más justo y fraterno. Todos los esfuerzos individuales y sociales hechos en favor de la paz en la verdad y en la justicia, adquieren su pleno sentido a la luz de la celebración eucarística dominical. En ella, los cristianos reciben del Señor resucitado el encargo de trabajar por la creación de un mundo nuevo que anticipe y anuncie su consumación final.

El descanso

- ***La ley del descanso dominical***

49. La praxis cristiana tardó siglos en imponer el precepto del descanso dominical. En los primeros siglos, el domingo era día de trabajo para todos, incluidos los cristianos, a pesar de que éstos celebraran en ese día la Pascua semanal. La legislación civil fue introduciendo progresivamente el descanso obligatorio del domingo. Al principio, por parte de la Iglesia, no hubo excesivo entusiasmo. Con el tiempo, fue asumiéndolo e integrándolo orgánicamente en la celebración cristiana del domingo, hasta el punto de convertirlo en uno de sus valores importantes.

Además de ser una realidad social y cultural, que subraya especialmente los valores antropológicos del domingo, el descanso dominical es también, para los creyentes, un elemento celebrativo y, por tanto, expresión y signo del misterio multiforme que celebra el domingo cristiano. Hace también más fácil el encuentro de quienes quieren celebrar juntos su fe.

- ***Signo de la liberación en Cristo***

50. El descanso dominical es un signo pascual, que remite a la liberación de la humanidad por la Pascua de Cristo. Lo era también el descanso sabático para los judíos. El precepto se dio a Israel como memorial de su liberación de la esclavitud de Egipto por Dios³². Aquella Pascua judía fue figura de nuestra liberación, hecha por Cristo en su misterio pascual.

El descanso dominical de los cristianos es signo de la Pascua liberadora de Cristo. Remite al misterio que constituye el objeto primordial de la celebración cristiana del domingo. Recuerda al pueblo cristiano que es un pueblo libre, maravillosamente liberado por Dios, en Cristo, de la esclavitud del pecado y de las servidumbres dolorosas y alienantes que tienen su origen en el pecado. Proclama la dignidad del cristiano y la libertad de los hijos de Dios.

El descanso es, en sí mismo, una liberación: liberación del trabajo, exoneración de cargas y obligaciones. Pero es, sobre todo, signo del hombre libre. El ocio humanizado es signo y experiencia de libertad.

En nuestros días, puede ser muy significativo subrayar esta dimensión del descanso dominical: como medio de afirmar la dignidad del hombre contra ciertas deformaciones de la vida de trabajo, y como liberación de la esclavitud de la máquina, de la producción, del sistema laboral alienante. El que toma tiempo libre para descansar demuestra que, para él, el ser está por encima del obrar, la persona por encima del trabajo, la calidad de la vida por encima de la posesión de bienes.

- ***Profecía del reposo eterno***

51. Para el cristiano, el descanso dominical evoca también el descanso de Dios después de la creación: «Descansó el día séptimo de todo el trabajo que había hecho» (Gn 2,2). Descanso de Dios que no es otra cosa que la misma eternidad de Dios. Entrar en el descanso de Dios equivale a pasar a la vida en Dios, que es para siempre.

El descanso dominical es, pues, un signo escatológico: evoca proféticamente y anticipa sacramentalmente el reposo gratificante que nos espera después de los trabajos de esta vida³³. La Iglesia celebra aquí abajo el domingo «mientras

³² “Recuerda que fuiste esclavo en Egipto y que te sacó de allí el Señor tu Dios con mano fuerte y con brazo extendido. Por eso te manda el Señor tu Dios guardar el día del sábado” (Dt 5,15).

³³ Cfr. Ap 14,13. “El perfecto sábado y el perfecto y bienaventurado descanso se encuentran, efectivamente, en el reino de Dios, más allá de la obra de los seis días y por encima de las cosas visibles, en las realidades incorpóreas e inteligibles, donde nosotros, liberados del cuerpo

espera el domingo sin ocaso en el que la humanidad entera entrará en tu descanso»³⁴.

En el fondo de la conciencia moderna, existe la convicción de que, para dar el máximo sentido a la vida, lo decisivo es trabajar y sacarle el máximo rendimiento. Esclavos de programaciones y planes organizativos, cogidos por la actividad de cada día, podemos olvidar que la vida está impregnada de gracia y que nuestra primera actitud debería ser respetar y acoger la acción del Espíritu de Dios en nosotros. El domingo nos recuerda que no todo se reduce a trabajo. En su misterio más profundo, la vida es regalo y don. El hombre no es sólo trabajador, sino también disfrutador agradecido de la existencia. No hemos nacido para trabajar eternamente, sino para gozar de la vida. Llegará un día en que siempre será domingo: descanso gozoso en la vida insondable de Dios.

- ***Descanso y contemplación***

52. El descanso dominical se abre a la contemplación. La Biblia dice que el Dios que descansó el séptimo día, contempló complacido la obra de sus manos. El descanso dominical hace posible disponer de espacios de silencio y calma, propicios a la contemplación. Una contemplación que abre al hombre, sobre todo, al Absoluto, a la relación personal con Dios, a la oración. Sirve para dar sentido a la existencia humana, para orientarla hacia una meta trascendente. Pero abre también a la contemplación de la naturaleza. El domingo es el «día del sol», memorial de la primera creación, día apto para el encuentro y la solidaridad con el cosmos.

- ***Descanso, relaciones humanas y desarrollo personal***

53. El descanso dominical simultáneo presenta también una dimensión social y comunitaria muy positiva, al permitir el cultivo de relaciones humanas enriquecedoras. Sobre todo, «constituye un derecho y una necesidad para el hombre hacer una pausa en el duro trabajo cotidiano... para mirar por la unidad de su familia, la cual reclama de todos sus miembros contacto frecuente y serena convivencia»³⁵. «Los cristianos deben santificar también el domingo dedicando a su familia el tiempo y los cuidados difíciles de prestar los otros días de la semana»³⁶.

El descanso dominical está llamado a ser, para el individuo, «pausa creadora» que le permita encontrarse consigo mismo y alcanzar la liberación psicológica, la serenidad, el equilibrio interior³⁷.

y de la esclavitud de la carne, con Dios y junto a Dios, celebraremos el sábado y descansaremos” (Eusebio de Cesarea).

³⁴ *Misal Romano*, Prefacio X dominical del Tiempo Ordinario.

³⁵ Juan XXIII, Encíclica *Mater et magistra*, n. 250.

³⁶ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2186.

³⁷ “El domingo es un tiempo de reflexión, de silencio, de cultura y de meditación, que favorecen el crecimiento de la vida interior y cristiana” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2186).

Le ofrece también la posibilidad de «entregarse al libre ejercicio de su capacidad para el desarrollo de facultades que en su trabajo cotidiano, por falta de ocasión, no ha podido ejercer» (*Gaudium et spes*, n. 67), tomando parte en actividades de todo tipo, culturales, deportivas, turísticas. De la celebración del domingo, el hombre ha de salir regenerado espiritual y corporalmente.

Fiesta y alegría

• ***El domingo, fiesta primordial***

54. La dimensión festiva y lúdica del domingo cristiano es también un signo, un obrar simbólico, que nos revela facetas importantes del misterio que celebramos ese día. «El domingo es la fiesta primordial» de los cristianos (*Sacrosanctum Concilium*, n. 106). Los mismos valores antropológicos específicos del domingo, deben ayudarnos a celebrar mejor el domingo cristiano.

El domingo es fiesta, porque en ese día celebramos la victoria pascual de Cristo y la Pascua es siempre «fiesta del universo». Lo es también porque en él evocamos la fiesta eterna de los bienaventurados y tomamos parte en ella anticipadamente. El domingo de la Iglesia es el día de un pueblo en fiesta. Ella conmemora, con todos sus hijos reunidos, la fecha de su nacimiento y se baña ya en las luces del futuro glorioso que le espera. Para el cristiano el domingo es fiesta, porque celebra el acontecimiento que le hizo hombre libre en Cristo.

Son, pues, profundas las raíces de la fiesta cristiana, que alcanza su apogeo en la asamblea eucarística. La Eucaristía es el corazón de toda fiesta cristiana.

La fiesta moviliza a toda la comunidad cristiana. Es la Iglesia entera la que celebra su fiesta en domingo. Ninguna fiesta se puede celebrar en solitario. Requiere siempre la reunión de todos en un punto para la celebración común.

En la fiesta todos son actores y protagonistas. Lo propio del hombre en fiesta es participar, compartir. De aquí le viene a la fiesta la función social que cumple: la de enriquecer la comunicación entre los miembros y aglutinar el grupo. La comunión de todos en la celebración festiva del domingo unifica a la Iglesia en el misterio del Señor.

• ***Talante festivo***

55. La celebración de la fiesta requiere un clima especial, «festivo», lúdico; demanda en los participantes un talante de exultación. La fiesta es afirmación de la vida. Es un sí a la creación, un consentimiento al cosmos y a su Creador: «Y vio que era bueno» (Gn 1,10). Y la fiesta cristiana es, sobre todo, acogida gozosa de la Vida nueva que está en otra parte, pero que ya fue manifestada y comunicada en la resurrección del Señor. Le es connatural una cierta exuberancia en las expresiones, que marca la ruptura y el contraste con lo cotidiano.

Este talante festivo se echa de menos, frecuentemente, en nuestras celebraciones dominicales. Pero, sobre todo, su carencia es una laguna inquietante de nuestra sociedad. Sobre todo a partir de la industrialización del siglo XIX, el

hombre occidental ha sido esencialmente un «homo faber», que casi ha olvidado que al hombre le es vitalmente necesaria la fiesta. Todo lo aprecia en términos de producción y lo cifra en números comerciales.

El hombre de hoy necesita redescubrir y recuperar la cultura de la fiesta, aprender a abrir en su vida espacios para la gratuidad, para lo no funcional, para lo no útil, para la imaginación creativa. Necesita liberarse del espíritu de rentabilidad y productividad, del tecnicismo utilitarista y del consumismo, y creer, en cambio, en el valor humanizador de la fiesta.

• ***La alegría y sus raíces***

56. A la fiesta le es connatural la alegría. Las mismas causas que hacen del domingo una fiesta, son motivos de alegría para la comunidad que la celebra:

- Nosotros celebramos el día octavo con regocijo, por ser el día en que Jesús resucitó de entre los muertos. Al anuncio de la resurrección, lo mismo que en la noche pascual, cada domingo la Iglesia exulta de gozo y «el mundo entero se desborda de alegría»³⁸ por la Vida nueva que ha brotado de la cruz.
- La alegría del domingo es reflejo y anticipo de la felicidad plena que alcanzarán los justos más allá de este mundo, cuando Dios «enjugue las lágrimas de sus ojos y no haya muerte ni luto ni llanto ni dolor, pues lo de antes ha pasado» (Ap 21,4).
- La asamblea dominical es también motivo de alegría por el encuentro con los hermanos en la fe. «Brotaba una alegría muy grande de vernos los unos a los otros» (San Jerónimo). Pero en la medida en que va perdiendo su religación con Dios, origen y fuente de la vida, el hombre contemporáneo corre el riesgo de empobrecer y hasta de perder el sentido más hondo de la alegría festiva. De hecho, la fiesta está siendo sustituida, en gran parte, por el espectáculo, las competiciones deportivas, el cine, la televisión o el video. La fiesta cristiana del domingo nos invita a despertar nuestra alegría interior elevando nuestro corazón hasta Dios, captando de nuevo la bondad originaria de la creación y celebrando con esperanza nuestra resurrección. Para recuperar el domingo no basta aprender a divertirse o relajarse. Necesitamos recuperar la actitud religiosa, abrirnos al Creador de la vida, celebrar con esperanza la resurrección. Desde esa hondura celebra el cristiano la fiesta con alegría, saborea el encuentro con los amigos y disfruta con gozo de la creación.

³⁸ *Misal Romano*, prefacios pascuales.

IV.- LAS EXIGENCIAS DEL DOMINGO

57. La celebración cristiana del domingo, a la luz de lo que venimos diciendo, está llamada a ser, para la comunidad y para cada cristiano, una fuerte experiencia de la salvación en Cristo, en todas sus dimensiones. Experiencia que no puede quedar confinada dentro de los límites temporales del domingo ni en el seno de la comunidad cristiana. Las exigencias que brotan de una celebración auténtica desbordan esas fronteras.

El domingo no debe ser, para los cristianos, una evasión de la vida y del mundo. Por el contrario, debe estar perfectamente ensamblado con los demás días de la semana y con toda la existencia del cristiano, como una de sus articulaciones esenciales. Además, como toda celebración del misterio, el domingo respeta la condición de «ser-en-el-mundo» que tiene el cristiano que lo celebra y lo proyecta de nuevo al mundo con la misión de transformarlo según el modelo que ha contemplado en su celebración.

El eco de la vida en la celebración

58. Es cierto que en la noción misma de celebración y de fiesta entra la idea de ruptura con lo cotidiano. El domingo es distinto y separado de los demás días de la semana. Son muchos los signos con los que marcamos nuestra voluntad de distanciamiento: el descanso, la fiesta, las diversiones, el vestido, la comida, las flores...

Esto no quiere decir que la celebración del domingo aisle a los cristianos, por un día, del mundo que habitan, para encerrarlos en un recinto sacro o en una especie de compartimento estanco artificial, sin conexión con los problemas reales de cada día, que está viviendo en su propia persona y en la sociedad.

Una celebración de domingo extraña a la vida, atemporal, aséptica, distante de la realidad palpitante del mundo y de la historia, ajena al compromiso y a la lucha, equivocadamente espiritualista, sería, no sin razón, inculpada de alienante y deshumanizante, por arrancar al hombre del humus en que hunde sus raíces. Al hombre de finales del siglo XX, que tiene una conciencia muy despierta de su condición de «ser-en-el-mundo» y de «ser-en-la-historia», difícilmente pueden interesarle celebraciones que se desentienden del mundo y de la historia.

La celebración del domingo es comunicación, hecha a la Iglesia y a la humanidad, del misterio salvador de Cristo en un momento concreto de su inserción en la historia humana y en el mundo. La vida de los hombres y el mundo en que viven tienen que hacerse presentes en las celebraciones de la Iglesia. No es que ésta vaya a celebrar los acontecimientos de la historia de los hombres. La Iglesia, en su liturgia, celebra siempre y sólo el acontecimiento pascual. Pero la Pascua debe ir impregnando la historia humana y para ello ésta, para ser salvada, debe ser asumida por el misterio pascual.

En la celebración eucarística dominical no faltan momentos aptos para que la asamblea se haga eco y se sienta solidaria de los combates, anhelos, tristezas, alegrías, problemas y necesidades, tanto de la propia comunidad y del pueblo o ciudad en que radica como de la humanidad entera. A ello han de servir la homilía que ilumine los acontecimientos desde la Palabra, la oración universal, las colectas especiales, etc.

Esta inserción en cada momento irrepitible de la historia, y no sólo la fiesta litúrgica, las lecturas y otros textos propios del día, ha de dar también a cada domingo su rostro propio. Cada domingo es inédito y original, y es bueno que así aparezca.

Vivir según el domingo

59. La función del domingo en la vida de cada cristiano no se circunscribe al tiempo que dura su celebración. Se espera que la gracia de la Pascua en él celebrada y vivida vaya transfigurando el resto de la semana y la existencia toda. Los momentos celebrativos y la vida cotidiana del cristiano deben influirse y enriquecerse mutuamente. Ésta debe ser coherente con las realidades vividas y las actitudes expresadas en la celebración.

La tradición cristiana ha formulado este principio en vanos registros. Así:

- jugando con dos de las acepciones de la palabra latina «sacramentum», sacramento y juramento, afirma que quien toma parte en una celebración sacramental se juramenta a vivir de acuerdo con las exigencias del misterio que ha celebrado;
- asevera también que el misterio que se ha expresado y vivido simbólicamente hay que traducirlo luego al lenguaje de la vida personal de todos los días;
- declara, por último, que el cristiano debe esforzarse en imitar existencialmente el modelo de vida que le ha sido propuesto a través del misterio de Cristo en que ha participado sacramentalmente.

Todo esto, aplicado a la celebración del domingo, ha encontrado una formulación feliz en la expresión acuñada por San Ignacio de Antioquía: «vivir según el domingo». El domingo queda así convertido en modelo y criterio ético. Al celebrar la Vida nueva inaugurada en la resurrección de Cristo, el domingo propone e impone un nuevo estilo de vivir, que se nos ha revelado en el Hombre nuevo de la Pascua: libre, solidario, entregado, festivo, esperanzado... Vivir según el espíritu del domingo se convierte así en un programa de vida.

El domingo para el testimonio

60. La Eucaristía dominical concluye con el gesto del envío. La comunidad cristiana es enviada a la sociedad en la que está inserta, como fermento del Reino de Dios. La experiencia vivida a lo largo del día del Señor no debe quedar en goce egoísta de la salvación recibida. De la celebración se debe pasar a la acción evangelizadora, con toda la riqueza de lo que ésta significa.

Los discípulos del Señor compartieron inmediatamente con sus hermanos su experiencia del Resucitado³⁹. La celebración, si es auténtico encuentro con el Señor, no puede menos de impulsar a dar testimonio de la resurrección.

El encuentro semanal con el Resucitado reaviva en la comunidad cristiana la conciencia de su vocación misionera. Se repite cada vez la escena del atardecer del día mismo de la resurrección, cuando el Señor infundió su Espíritu a los discípulos y les confió su propia misión⁴⁰. La fuerza del Espíritu que recibieron los lanzó a «dar testimonio de la resurrección de Jesús con gran energía» (Hch 4,3). Todo el pueblo de Dios debe sentirse igualmente enviado. La dimensión evangelizadora es consubstancial a la vocación cristiana. Una fe que no se irradiaba, languidece. «La fe se fortalece dándola»⁴¹.

Todo lo que acontece en la celebración cristiana del domingo viene cargado de urgencias misioneras. Los bienes de salvación que le llegan a través de esa celebración, obligan a la comunidad cristiana a compartirlos con cuantos carecen de ellos. El don lleva siempre emparejada la misión. Las «bendiciones» recibidas de Dios son una fuerte llamada al testimonio, a la evangelización.

La celebración cristiana del domingo habría de ser el elemento dinamizador de comunidades evangelizadoras y misioneras.

El domingo y el compromiso cívico-social

61. La Iglesia que celebra el domingo no deja de ser la misma Iglesia que «camina con toda la humanidad y comparte la suerte terrena del mundo» (*Gaudium et spes*, n. 40). La celebración debe llevarla, por ello, a asumir con nuevos bríos su compromiso con el hombre.

El mundo que la comunidad cristiana contempla a través del prisma del domingo es un mundo reconciliado con Dios y consigo mismo, donde reinan la justicia, la paz, la solidaridad, la fraternidad sincera, y en el que se comparten el pan y la esperanza. El misterio de transfiguración que es la Eucaristía anticipa ya «los cielos nuevos y la tierra nueva en que habita la justicia» (2 Pe 3,13). Esa contemplación se muda en denuncia profética ante el contraste del mundo que el domingo anuncia y promete, con las contradicciones de ese otro mundo, hecho de injusticias, desigualdades irritantes, egoísmos, manipulación, corrupción.

El domingo cristiano conmemora el sacrificio de aquél que se comprometió hasta la muerte de cruz por la salvación integral del hombre. La comunidad cristiana se adhiere a él y se identifica con él, en el gesto altamente comprometedor, de comer su Cuerpo entregado y beber su Sangre derramada.

³⁹ Cfr. Mt 28,10; Lc 24,33-35; Jn 20,17-18.21-23.

⁴⁰ Cfr. Jn 20,21-22.

⁴¹ Juan Pablo II, Encíclica *Redemptoris missio*, n. 2.

El domingo cristiano, entendido y vivido de esta manera, ha de animar a los cristianos a renovar su compromiso de colaborar en la realización del designio salvador de Dios sobre la humanidad en la historia, luchando por los derechos conculcados del hombre, participando en la implantación de un orden nuevo basado en la justicia, la caridad y la libertad, buscando con ahínco la reconciliación y la pacificación de los pueblos, cooperando de esta manera a la realización progresiva del Reino de Dios en la historia.

V.- PROPUESTAS PARA REVITALIZAR LA CELEBRACIÓN CRISTIANA DEL DOMINGO

Un reto a la iniciativa pastoral

62. En esta última parte de nuestra Carta Pastoral, proponemos algunos caminos de renovación, que pueden ayudarnos a valorar más el domingo cristiano. Quisiéramos hacerlo con realismo, conscientes de formar parte de una sociedad culturalmente plural y sin ignorar las nuevas costumbres que, en relación con el domingo, van surgiendo al ritmo de los cambios sociológicos antes descritos. Hemos de emprender esta tarea pastoral de redescubrir y recuperar el domingo, sin nostalgias del pasado, pero con una gran confianza y seguridad en sus valores humanos y cristianos, también para el hombre y la sociedad de hoy.

El punto de partida no puede ser otro que una fuerte convicción de la importancia que tiene la revitalización del domingo para la renovación integral de la vida cristiana en nuestras comunidades. El futuro del domingo es, en buena parte, el futuro de la Iglesia.

Nos hallamos ante un reto claro a la imaginación y a la creatividad pastoral de nuestras comunidades. Las deficiencias que advertimos en la celebración del domingo pueden ser ocasión propicia para tomar una nueva conciencia de la propia responsabilidad y para afrontar su renovación con audacia pastoral.

Obra de todos

63. La renovación del domingo es una tarea que nos interesa a todos y que nos compete a todos. Pastores y fieles, religiosos y seculares, estamos llamados a participar activamente, cada uno desde su propia condición, en el servicio de esta tarea común. Hay valores del domingo que son de interés humano común y que han de ser defendidos y promocionados por los cristianos a una con todos los ciudadanos. Pero es también cierto que la dimensión específicamente cristiana del domingo sólo puede descubrirse y potenciarse desde la fe y desde el interior de la comunidad cristiana.

En esta tarea renovadora tenemos un papel propio los obispos y presbíteros, los catequistas y monitores, los equipos parroquiales de animación litúrgica, las comunidades y grupos de diversa naturaleza. Pero es, en definitiva, cada cristiano en su vida personal, familiar y comunitaria quien realmente puede hacer posible la revitalización del domingo y de su celebración.

Una catequesis seria

64. Ante todo, vemos que es imprescindible una catequesis sistemática y suficientemente amplia, sobre el domingo cristiano y su celebración. Su objetivo ha de consistir en ayudar a descubrir los valores teológicos y humanos del domingo. A partir de una exposición adecuada de las dimensiones teológicas anteriormente expuestas, la catequesis tratará de inculcar y transmitir una verdadera

«mística» del domingo. La explicación de los diversos signos o elementos celebrativos irá creando un deseo creciente de celebrarlo con sentido interés y con ánimo participativo.

A este respecto, conviene tener muy en cuenta que la celebración eucarística particularmente, puede convertirse en una excelente catequesis, a veces explícita, de los aspectos diversos del domingo cristiano. La presentación de los ritos y gestos en su verdadero significado, aparte de ser imprescindible para su comprensión, es de una gran utilidad.

Esta acción catequética deberá estar dirigida a todos los cristianos en sus diversas edades: niños, adolescentes, jóvenes y adultos. A veces, será la comunidad entera, reunida en la asamblea dominical, la que reciba algunas orientaciones y sugerencias. Otras, será precisa una planificación sistemática, pedagógicamente progresiva, que se adapte a la edad y capacidad de los que reciben la catequesis. De un modo especial, habrá de atenderse a los procesos catecumenales previos a los sacramentos de iniciación: Bautismo, Confirmación, Eucaristía. Sugerimos, a este respecto, una revisión pastoral que analice cómo viene presentándose, en estos procesos catequéticos, la celebración del domingo en todas sus dimensiones.

Una catequesis correcta sobre la obligación de los cristianos de celebrar el domingo ha de dejar claro que el contenido de ésta es una necesidad vital de la comunidad cristiana y de cada una de las personas que la componen. Se trata de una necesidad que tiene raíces mucho más hondas que el del precepto legal. El descubrimiento de los valores y riquezas del domingo cristiano irá disipando por sí mismo toda interpretación legalista y casuística del precepto.

Las reflexiones que ofrecemos en la presente Carta pueden servir de base para confeccionar materiales diversos de aplicación catequética. Invitamos a los distintos responsables de catequesis y de liturgia a que presten este servicio pastoral en el ámbito parroquial, zonal y diocesano. Y a la vez que queremos agradecerles los servicios ya prestados y que hayan de prestar en el futuro, deseamos que sean merecedores de la estima expresada en su oportuna utilización.

Conviene insistir en que la acción catequética sobre la celebración del domingo no debe reducirse a la Eucaristía dominical. Todo el domingo es «día del Señor». La celebración de la Eucaristía es el centro del día, el núcleo principal de la fiesta. Junto a ella, la renovación del domingo habrá de atender también a los demás elementos celebrativos ya indicados. Proponemos, a continuación, algunas sugerencias y líneas de actuación con respecto a cada uno de ellos.

La asamblea y la Eucaristía dominical

- ***Cultivar una mentalidad comunitaria***

65. Objetivo ineludible de la acción pastoral encaminada a revalorizar el domingo y, más en concreto, a potenciar la participación en la asamblea dominical ha de ser la formación de una mentalidad comunitaria. Difícilmente apreciará el cristiano la reunión dominical, si no ha sido introducido en el misterio de la

Iglesia y no ha llegado a amar cordialmente la comunidad concreta a la que pertenece.

Los pastores y los distintos responsables de la acción catequética y litúrgica hemos de subrayar el carácter comunitario de los encuentros y asambleas dominicales y también de promoverlo con insistencia y con paciencia. La participación constante en las asambleas es, a la vez, consecuencia y cultivo de este sentido de comunidad.

Los signos y los ritos que la Iglesia utiliza para hacer y expresar el sentido de la comunidad, deben ser conocidos, interpretados y utilizados correctamente. La superación de la rutina es condición necesaria para apreciar la fuerza comunicativa del lenguaje de los gestos.

- ***Con la propia comunidad***

66. Es conveniente reunirse habitualmente con la propia comunidad de pertenencia, que de ordinario será la comunidad parroquial. Esta indicación es válida para todos los miembros que componen la comunidad y, de modo especial, para los que tienen en ella alguna responsabilidad pastoral y para los grupos comprometidos en actividades parroquiales.

Se evitará, de forma habitual en domingo, la convocatoria a celebraciones eucarísticas en pequeños grupos o restringidas a unos determinados participantes⁴². Lo mismo ha de decirse de las reuniones, salidas o actividades que sean habitualmente incompatibles con la participación en la propia asamblea dominical.

En cualquier caso, el estar ausentes de la parroquia no debe ser razón para que los grupos cristianos, especialmente de carácter educativo, dejen de celebrar la Eucaristía en otro lugar. Una omisión habitual así, no sólo supondría un serio deterioro de la celebración dominical cristiana, sino también un grave error educativo.

Es también oportuno que las comunidades religiosas de vida activa, en la medida de lo posible, participen en la asamblea dominical de las parroquias en que radican o en las que colaboran realizando actividades apostólicas. Dan así un claro testimonio de comunión eclesial y un signo de integración visible en el pueblo de Dios, tal como lo pone de manifiesto la experiencia de las comunidades que lo hacen.

Toda comunidad, por su parte, ha de cuidar con esmero la acogida e integración de cuantos acuden a su asamblea dominical. Esta advertencia es especialmente aplicable en pueblos rurales, localidades de la costa y centros turísticos.

Quien, por diversas razones, participe en la Eucaristía de una asamblea o comunidad que no es la propia, no por ello ha de sentirse ajeno a ella. Toda ce-

⁴² Cfr. Sagrada Congregación para el Culto Divino, Instrucción *Actio pastoralis* sobre las Misas para grupos particulares, de 15 de mayo de 1969, n. 10, a).

lebración eucarística es una celebración de la Iglesia, reunida por la vocación a la fe en el Señor resucitado y unida por el vínculo del amor expresado en la fracción del pan. Ningún cristiano debe sentirse extraño en una celebración eucarística que, por encima de las diferencias socio-culturales de cualquier clase, ha de ser siempre una celebración de «hermanos».

En todo caso, el cristiano ha de tratar de superar el individualismo y la tendencia a concebir y practicar la vida religiosa y, en especial, la celebración eucarística como algo puramente personal y privado, sin vinculación ni referencia alguna a una comunidad determinada y estable.

- ***Celebraciones dominicales en ausencia del presbítero***

67. Merecen aquí una alusión especial las celebraciones dominicales que son presididas por un diácono, un religioso/a o un seglar, cuando no es posible la presencia de un presbítero en ellas. Ante todo, queremos valorar y agradecer en su justa medida el servicio que ellos prestan a unas comunidades que experimentan, también en otros aspectos de la vida, un empobrecimiento cultural y social poco equitativo y humano. Animamos a quienes han aceptado la responsabilidad de convocar a esas comunidades cristianas y presidirlas, a que sean ellos mismos conscientes del gran valor que tiene, ante el Dios amigo de los pobres y de los pequeños, la tarea que realizan, y a que se preparen adecuadamente para llevarla a cabo con competencia, con la colaboración del sacerdote y de un equipo de seglares.

La necesaria conexión que toda comunidad cristiana ha de tener con la Eucaristía y ésta con el presbítero, ha de urgir alguna forma de presencia habitual de éste. Así se harán más visibles la unidad y la comunión existentes entre todas las comunidades cristianas, a partir precisamente de la celebración eucarística.

- ***La participación activa***

68. El sentido de pertenencia a la propia comunidad se intensifica y consolida con la participación de cuantos la integran. El signo mismo de la asamblea se realiza más perfectamente por medio de una ordenada participación activa. Hemos de insistir en la necesidad de seguir mejorando nuestras celebraciones desde esta perspectiva primordial. Ha de potenciarse la intervención de los seglares en los distintos ministerios litúrgicos: lector, monitor, salmista, acólitos, cantores, etc., y, con ella, la participación de la comunidad entera mediante sus respuestas, aclamaciones, cantos y oraciones. Esta participación externa enriquece, si se realiza bien, la participación interna en el misterio de Cristo y de la Iglesia. La dinámica interna de la participación encontrará su momento culminante en la comunión sacramental con el Cuerpo de Cristo y con los hermanos de la comunidad.

Queremos destacar la importancia de la aportación del equipo de animación litúrgica, en orden a conseguir en la comunidad unas celebraciones más participadas, creativas, comprometidas y festivas. Es misión suya, acompañado por el presbítero que preside la celebración, la de participar en la preparación, realización y revisión de la celebración dominical: asegurar la ordenada distri-

bución de los diversos ministerios y la programación de cantos y moniciones; cuidar especialmente de la proclamación de las lecturas; ocuparse de los elementos ornamentales y festivos de la celebración.

- ***El presbítero presidente***

69. La calidad de la celebración eucarística depende, de manera muy especial, de la actuación propia del presbítero que la preside. Conocemos la carga de trabajo personal, incluso excesivo, que en ocasiones supone el cumplimiento de esta función pastoral. Precisamente por ello, queremos animar a nuestros presbíteros a que asuman su responsabilidad con un vivo espíritu de caridad pastoral.

De él puede depender, en gran parte, que la celebración resulte viva, participada y fructuosa para toda la comunidad. En este servicio litúrgico, acción cumbre de su misterio presbiteral, ha de actuar siempre como sacramento vivo de la presencia del Señor y como pastor solícito que acoge, conoce y se adapta con amor a la comunidad concreta que está reunida.

Por todo ello, en las circunstancias actuales de sensible escasez de sacerdotes, puede ser exigencia pastoral de graves e importantes consecuencias, revisar el número de las celebraciones eucarísticas de cada parroquia o lugar. Al hacerlo, se tratará de conjugar las verdaderas necesidades de las comunidades cristianas, con las posibilidades reales de los sacerdotes y la misma calidad de las celebraciones. La voluntad de ofrecer las mayores facilidades posibles para el cumplimiento del precepto dominical, no puede ser criterio último de las decisiones a tomar. La mutua ayuda que los sacerdotes han de prestarse entre sí en el cumplimiento de su ministerio habrá de jugar también en el momento de decidir.

- ***Los ausentes de la celebración***

70. Los que, por muy diversas razones, se ven impedidos de estar físicamente presentes en la asamblea dominical pueden sentirse unidos a ella en el recuerdo y en el afecto, que son expresión de su unión con Jesucristo y de su sintonía con la comunidad eclesial, en el mismo Espíritu que anima a sus hermanos reunidos. El misterio de Cristo resucitado, celebrado en la Eucaristía, se hace presente, por medio de ellos, en los hospitales, en las empresas de servicios, en los hogares donde hay ancianos, personas en soledad o imposibilitados de cualquier género, en las cárceles. La comunidad reunida, por su parte, tendrá también para ellos, de un modo habitual, un recuerdo fraterno en la celebración, que les haga llegar el aliento de la comunión y de la esperanza.

La retransmisión de la celebración eucarística a través de la radio o la televisión, a pesar de sus inevitables limitaciones, puede ser un medio útil para que los enfermos y las personas impedidas se beneficien de las riquezas de la Palabra de Dios que se proclama en la asamblea litúrgica y se unan al sacrificio de la Eucaristía que celebra la comunidad reunida. Esta incorporación a la asamblea a través de los medios de comunicación se vería notablemente enriquecida, si algunos miembros de la comunidad visitaran a estos enfermos e impedidos y,

más aún, si les facilitan la comunión sacramental con el Cuerpo del Señor, siguiendo las disposiciones de la Iglesia.

A cuantos, llamándose cristianos, no participan habitualmente en la asamblea dominical por decisión voluntaria, quisiéramos hacerles comprender el equívoco y la incoherencia que encierra la voluntad de ser «cristiano no practicante». No es posible ser cristiano en solitario, y la participación en la celebración eucarística dominical es uno de los signos más expresivos y fehacientes de pertenecer a la Iglesia de Jesucristo. Sabemos también que a los que acudimos a la asamblea y celebramos la Eucaristía nos corresponde dar un testimonio convincente de la fuerza transformadora que la reunión y el sacramento tienen para nosotros, no obstante nuestras múltiples limitaciones e infidelidades.

• ***La ausencia de los jóvenes***

71. Es un dato relevante la ausencia notable de jóvenes en nuestras celebraciones dominicales. Este fenómeno, que tanto inquieta no pocas veces a los padres cristianos, es también para nosotros motivo de honda preocupación. Hemos estudiado, con frecuencia, las raíces de este comportamiento generalizado. El hecho tiene causas complejas y motivaciones muy variadas.

Queremos ahora sugerir, a la comunidad cristiana en su conjunto, la necesidad de hacer una revisión del testimonio que en este punto damos a los jóvenes, y de la acogida y atención que les prestamos en las celebraciones. Proponemos especialmente a los pastores y catequistas un estudio de la atención que se ha prestado y se presta aun ahora a este aspecto concreto y tan importante en el proceso de la educación en la fe de los niños y adolescentes. A los jóvenes mismos, particularmente a quienes sienten el atractivo de la persona de Jesús y de su Evangelio, les invitamos a participar con toda la comunidad cristiana en las asambleas dominicales con la voluntad sincera de descubrir lo que en ellas se quiere celebrar y a ofrecerse para aportar a ellas su propia vivencia de fe y su estilo juvenil.

La escucha de la Palabra de Dios

72. En la celebración dominical ocupa un lugar de importancia primordial la Palabra de Dios. Es una Palabra viva, actual, que dirige Dios a su pueblo en cada celebración. En el diálogo litúrgico corresponde a la comunidad reunida, acoger esa Palabra en silencio, con atención y obediencia, y responder luego a Dios con el canto y la oración, personal y comunitariamente.

Hemos de esforzarnos en dignificar al máximo la proclamación de las lecturas bíblicas, tratando siempre de conseguir la transmisión fiel del mensaje revelado. Será una buena inversión pastoral dedicar empeño y tiempo a la preparación adecuada de los lectores, con el fin de mejorar cuanto sea posible la calidad de la lectura no sólo en los aspectos técnicos sino también, y sobre todo, la transmisión y comunicación espiritual, que la proclamación de la Palabra requiere. Habrá de evitarse cuidadosamente cualquier forma de improvisación.

Difícilmente podremos renovar y enriquecer la liturgia de la Palabra, si no atendemos pastoralmente a la formación bíblica de los lectores y de toda la comunidad en general. Para asimilar cada vez mejor la Palabra de Dios, será conveniente ir adquiriendo una cultura y mentalidad bíblica, proporcionada siempre a la edad y al nivel cultural de cada uno.

Es especialmente recomendable la capacitación de todos los que hayan de participar activamente en las celebraciones ejerciendo algún servicio particular en ellas, mediante encuentros periódicos y continuados en grupos de formación bíblica y litúrgica.

La escucha de la Palabra de Dios no debe reducirse a las ocasiones en que ella es proclamada en las asambleas cristianas. Hemos de fomentar también la lectura y meditación de la Sagrada Escritura, hecha individualmente y en familia. Dedicarle un tiempo como parte integrante de la celebración del domingo y a lo largo de la semana, puede ayudar eficazmente a reavivar el diálogo religioso en una cultura en que parece querer imponerse el silencio de Dios.

Con todo, la mayor parte de los hermanos de la comunidad, al carecer de otros contactos con la Sagrada Escritura, podrían encontrar en las lecturas del domingo un alimento inmejorable para su oración y su vida espiritual a lo largo de la semana. Bueno sería idear medios prácticos para facilitarles la relectura y la meditación de esa misma Palabra de Dios proclamada en la celebración dominical.

Tanto los presbíteros como los equipos de animación litúrgica han de asegurar cuidadosamente que la mesa abundante de la Palabra de Dios llegue en su integridad a la comunidad. Conviene respetar para ello, en toda su variedad y riqueza, la selección actual de pasajes bíblicos que nos ofrecen los leccionarios litúrgicos.

Han de rechazarse, por ello, los hábitos introducidos en algunos lugares, sobre todo con ocasión de celebraciones particulares, de sustituir la lectura de los textos bíblicos por la de otros de diversa procedencia, aunque sean de autores cristianos. La Palabra de Dios ha de conservar su peculiar dignidad y originalidad, evitándose todo lo que pueda inducir cualquier equívoco o confusión.

Hemos indicado anteriormente el sentido que ha de tener la realización de «Jornadas especiales» dentro de la celebración eucarística dominical, en orden a hacer más presentes en ella los problemas y situaciones de necesidad vividos por el mundo y la misma Iglesia en el momento actual. Ello tiene, sin embargo, el riesgo de alterar y oscurecer el proceso del año litúrgico y su desarrollo pedagógico para la comprensión de la totalidad del misterio de Cristo. Lo que vale particularmente para los llamados tiempos litúrgicos especiales. Rogamos, por ello, a los responsables de la ordenación de las celebraciones dominicales que, siendo conscientes de la dificultad, traten de arbitrar su solución más apropiada.

En todo caso, no puede faltar dentro de la celebración una aplicación de la Palabra de Dios a la vida concreta actual, en lo personal y en lo comunitario. A través de la homilía, de moniciones y de otros elementos de la celebración, han

de ponerse de relieve las dimensiones públicas y sociales del Evangelio. Pueden venir bien, en algunas ocasiones, sugerencias prácticas de compromisos y de testimonio cristiano en el mundo: familia, trabajo, vida pública.

Queremos, por último, pedir encarecidamente a todos los sacerdotes que celebren la Eucaristía en alguna de las asambleas dominicales, que valoren en su justa medida el ministerio de anunciar la Palabra de Dios, que es parte esencial de tales celebraciones. El tiempo utilizado en una esmerada preparación de la homilía, nunca será un tiempo pastoralmente desaprovechado. Y hacerse eco, en ella, de los objetivos e inquietudes especiales propuestos por la propia Iglesia particular a algunos días señalados será también un signo de la comunión, que es inherente a la celebración de la Eucaristía.

Compartir con los hermanos

73. El domingo ha de ser un día en que la comunidad cristiana viva con especial hondura e intensidad el mandato del amor. Es un día de compartir: fe, amor, esperanza, tiempo, alegría, bienes materiales. Es día de acercarse a los demás en actitud de donación personal, de regalarse uno a los demás gratuitamente, sin prisas, sin obligaciones que constriñen. Éste ha de ser el talante de cercanía y convivencia fraterna que ha de predominar a lo largo del domingo, dentro y fuera de la celebración eucarística.

En una celebración eucarística bien realizada crece la comunidad exterior e interiormente. Pero es de gran importancia para que ello sea así, cuidar los signos de comunión: la acogida mutua, el evitar la dispersión en el templo, el saludarse y despedirse cordialmente, sin prisas; el rito del perdón y de la paz; el cantar y orar unidos; la comunicación de bienes por medio de la colecta; participar del mismo pan y del mismo vino eucarísticos.

En el ámbito mismo de la celebración han de resonar las preocupaciones y problemas sociales, tanto los locales como los universales, y también las llamadas a la solidaridad y al compromiso en la vida cívico-social. Podemos preguntarnos si nuestras asambleas dominicales se hacen eco habitualmente de los sufrimientos y necesidades de la propia comunidad, del pueblo al que pertenecemos y de todas las naciones del mundo. La paz, los derechos humanos personales y colectivos, la justa distribución de los bienes de la tierra, el respeto y amor a la vida y a la naturaleza son valores que han de recordar con frecuencia los cristianos en sus celebraciones y han de introducirlos en su diálogo con Dios en forma de oración.

La fraternidad universal se manifiesta también en la aportación generosa que cada uno hace en las diversas colectas económicas con ocasión de las jornadas diocesanas, misioneras y de solidaridad y ayuda a hermanos y países necesitados.

Fuera de la celebración, todo el domingo ha de convertirse en un día de encuentro y de relación cordial con los demás: familia, amigos, vecinos; visitas a enfermos, a presos, a ancianos que viven solos o en residencias. Un día en que los cristianos tratan de vencer con amor la soledad propia y la ajena.

Para muchos el domingo es el único día en que pueden reservar una dedicación preferente a la familia, para compartir, en la convivencia y en el diálogo, sus experiencias de gozo y también de preocupación. A veces, el único día de la semana en que es posible una comida familiar en la que se encuentran y conviven con cierta calma y alegría todos los miembros de la familia. Es también hermoso contemplar cómo, en ocasiones, la familia participa unida en la Eucaristía dominical.

Ha de evitarse, sin embargo, caer en visiones y valoraciones familiares excesivamente cerradas. Una familia que se repliega en sí misma, puede recortar horizontes y empobrecer experiencias de apertura humana y social, inspiradas por el amor cristiano.

Fiesta y alegría en el Señor

74. Las raíces de la alegría dominical han quedado expuestas en la parte central de esta Carta. Esta alegría, fundamentada teológica y antropológicamente, ha de quedar claramente reflejada en el estilo y en el tono festivo de la celebración litúrgica. A lo largo del día, habrá de prolongarse ese mismo sentido de fiesta y de alegría.

Uno de los elementos que mejor puede contribuir a expresar en la celebración este carácter festivo es el canto. Cada comunidad, según sus posibilidades, debe seguir cultivando y manifestando con gozo las dotes naturales de nuestro pueblo para la música y el canto. Al preparar la celebración, se ha de buscar un equilibrio conveniente entre las intervenciones del pueblo, de los solistas y del coro parroquial. Es importante acertar en la adecuada selección de los cantos según el momento de la celebración y la peculiaridad del tiempo litúrgico. Un signo diferenciador y jerarquizador de las distintas fiestas puede ser el uso de los instrumentos musicales, preferentemente el órgano, y el canto coral polifónico, allí donde éste sea posible.

Durante el domingo será muy oportuno dedicar tiempo, en solitario o en grupo, a disfrutar de la naturaleza, contemplando en ella la sabiduría, la fuerza, la belleza y la bondad de Dios creador. Esta contemplación puede ser para los cristianos la clave para encontrar el sentido más profundo y gozoso de sus salidas al campo, al monte, al mar. En contacto con la naturaleza, podremos disfrutar de los espacios de silencio y de calma que necesita el hombre para encontrarse consigo mismo y con Dios.

Puede ser también un signo dominical, en el sentido cristiano dado a esta expresión, la convivencia amable y reposada con los amigos, en ambiente distendido y festivo, al igual que las reuniones y fiestas familiares. Bueno será que las familias cristianas den a estos encuentros y celebraciones un sentido de acción de gracias a Dios, por tantos dones recibidos, y se predispongan a prolongar en la sociedad los valores y vivencias descubiertos y experimentados en la convivencia familiar.

Este día de descanso semanal ofrece la oportunidad también para dedicar un tiempo más amplio a la lectura y a todo género de aficiones artísticas,

manuales o deportivas, que difícilmente pueden cultivarse en otros días de la semana, dedicados preferentemente al trabajo. Estas costumbres dominicales pueden contribuir notablemente al enriquecimiento espiritual y al equilibrio general de la persona.

Todas estas manifestaciones festivas y actividades de ocio saludable sólo son posibles si se asegura verdaderamente el descanso social dominical, la liberación comunitaria del trabajo. En una sociedad como la actual, tan condicionada por el calendario y el ritmo laboral, ha de tener una especial importancia, no sólo religiosa sino también humana, la defensa del descanso dominical «en común».

Os hemos ofrecido, queridos diocesanos, unas reflexiones, que consideramos fundamentales, en torno a la celebración cristiana del domingo y, con ellas, unas líneas orientadoras básicas para celebrarlo mejor. No hemos pretendido, desde ninguno de los dos puntos de vista, ofrecer un trabajo exhaustivo. El desarrollo doctrinal no podía ser más amplio que el permitido por las dimensiones de una Carta Pastoral. Por otra parte, las orientaciones prácticas habrán de adaptarse, con una mayor concreción, a las características y situaciones propias de cada una de nuestras Iglesias particulares.

En todo caso, tenemos la convicción de que lo dicho puede seros muy útil, de manera especial para la celebración del misterio pascual que, con la preparación de esta Cuaresma, se ha de prolongar a lo largo de los domingos del tiempo de Pascua. La llamada a la conversión, propia del tiempo cuaresmal, apunta a la celebración de la Pascua de la resurrección del Señor, que se hará realidad en cada uno de los cristianos, también en este año. Os deseamos vivamente que todos experimentéis la alegría de una más intensa vida en Cristo, el Resucitado, portadora de luz, alegría y esperanza. Lo deseamos también a todas las comunidades cristianas, a las que ponemos bajo la protección de María, la Madre de Jesús y Madre de la Iglesia.

Pamplona y Tudela, Bilbao, San Sebastián y Vitoria
24 de febrero de 1993
Miércoles de Ceniza

✠ **José María**, Arzobispo de Pamplona y Obispo de Tudela
✠ **Luis María**, Obispo de Bilbao
✠ **José María**, Obispo de San Sebastián
✠ **José María**, Obispo de Vitoria